

BOLSILIBROS

Oeste

de

OESTE  
LEGENDARIO

# Lou Carrigan

EL TEJANO DE LA ESPUELA DE ORO



Lectulandia

Con agudos chirridos, lanzando su gruesa columna de humo blanco grisáceo, el tren de la Southern Pacific procedente de la costa californiana se detuvo, por fin, en una estación más, y, como procedentes de otro mundo, Chase Marlowe oyó algunas voces.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **El tejano de la espuela de oro**

**Oeste Legendario - 06**

ePub r1.0

Titivillus 23-05-2019

Título original: *El tejano de la escuela de oro*  
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **EL TEJANO DE LA ESPUELA**

LOU CARRIGAN

## CAPÍTULO I

Con agudos chirridos, lanzando su gruesa columna de humo blanco grisáceo, el tren de la Southern Pacific procedente de la costa californiana se detuvo, por fin, en una estación más, y, como procedentes de otro mundo, Chase Marlowe oyó algunas voces.

Sentado en un banco de cara a la marcha y junto a la ventanilla que permitía ver la estación, Chase abrió a medias un ojo, y miró por debajo del sombrero que se había echado sobre el rostro. Todo lo que vio fue el edificio de la estación, y la leve claridad del día que empezaba. Y esto, confusamente, a través del sucio cristal.

Refunfuñando, Colocó mejor los pies en el asiento de enfrente, se aseguró de que el sombrero volvía a tapar su rostro, y se dispuso a seguir durmiendo. Era muy temprano, y, ciertamente, no sería hoy el día en que llegaría a Tejas.

Todavía faltaba mucho para eso.

Vagamente, se dio cuenta de que el tren se ponía de nuevo en marcha. Menos mal. Las paradas no eran muy largas, por fortuna. Seguramente porque en aquel tren debían viajar pocos pasajeros, ya que era mixto.

Seis vagones de carga y cuatro para pasajeros... Como fuese, el tren volvía a rodar, y eso era lo único que le interesaba.

El monótono taca-tac-tac de las ruedas en las juntas de las vías lo adormiló de nuevo. No tenía nada contra California, pero ya no tenía nada que hacer allí, de modo que volvía a Tejas.

¡Tejas!

Entre el sueño y la vigilia, Chase Marlowe sonrió bajo el sombrero al pensar en Tejas. Sí señor, volvía a Tejas, a cabalgar por los extensos llanos bajo aquel sol de cien mil demonios. Compraría un caballo, una silla, y eso sería todo...

Pese al sombrero, la claridad creciente del día se deslizaba, impertinente, por la ventanilla, y, pasando bajo el sombrero, incordiaba en el ojo izquierdo de Chase Marlowe. Bueno, en realidad había dormido suficiente. Mal y poco, pero suficiente para él, que tenía algo de gato.

Suspirando, se alzó un poco el sombrero y abrió ahora el ojo derecho. Lo cerró de nuevo enseguida, sonriendo. Todavía seguía soñando, pero acababa de ver un ángel.

Un ángel tejano, naturalmente. Una visión deliciosa. Un ángel rubio, de grandes ojos azules, dulce boca sonrosada, de labios llenos, y barbilla con un hoyuelo en el centro. Alrededor de este ideal rostro angelical, unos cuantos bucles dorados como el oro. No, como el oro no, que el oro era un asco... Como el sol. Eso era, dorados bucles hechos de sol.

¡Qué sueño, que visión tan maravillosa, de tan buenos presagios para su regreso a Tejas!

Durante unos segundos, sonriente, Chase Marlowe estuvo recreándose en este sueño que parecía haber quedado grabado en su mente de modo imborrable. Luego, poco a poco, comenzó a fruncir el ceño. ¿Había sido un sueño? ¿Seguro?

Muy despacio, se echó el sombrero como pudo hacia atrás, y abrió completamente los ojos.

El sueño seguía allí, El ángel continuaba sentado frente a él, junto a sus pies colocados en el asiento de enfrente. Ahora, el rostro estaba vuelto hacia la ventanilla. El rostro angelical. Además de los bucles de oro, un sombrero graciosísimo, con puntillas, cubría la cabeza de ángel.

Taca-tac-tac, taca-tac-tac, taca-tac-tac...

El vestido era azul, cerrado hasta el cuello, por el que asomaban más puntillas, que parecían adornar una garganta fina y blanca, de tersura infantil. La mirada de Chase se deslizó lentamente hacia los senos, bien marcados en el vestido, pero no provocativamente; la chica tenía senos, y eso era todo. Y muy bonitos. Sobre el regazo, sosteniendo un bolsito también de color azul, estaban sus manos, enguantadas. ¡Qué gracioso era aquello!

La muchacha volvió de pronto el rostro hacia el frente, y sus ojos se posaron en los de Chase, grises, duros, fríos..., aunque en este momento más bien divertidos.

—Buenos días, señor —saludó la muchacha.

Chase Marlowe parpadeó. Miró a su derecha, pero allá no había nadie. En aquel compartimento de dos bancos estaban solamente él y la muchacha. Así que debía haberle saludado a él.

—Buenos días —masculló.

Ella sonrió y luego miró las botas de Chase junto a ella, ocupando el asiento junto a la ventanilla. Como quiera que Chase quedó turulato bajo los

efectos de la sonrisa, todavía tardó unos segundos en darse cuenta del significado de aquella mirada a sus botas.

Frunciendo el ceño, retiró los pies del asiento, y se sentó adecuadamente.

—Perdón —pidió.

—No se preocupe usted —sonrió de nuevo la muchacha—. Me he dado cuenta de que estaba dormido, así que no lo he considerado una grosería por su parte. Espero que no se haya despertado por mi causa.

—No —gruñó Chase.

Miró el sitio donde habían estado sus pies, y vio la inevitable suciedad. Con expresión torva, se inclinó hacia delante, y dio unos manotazos al asiento. La muchacha volvió a sonreír, y ocupó el lugar junto a la ventanilla, diciendo:

—Es usted muy amable, gracias.

De nuevo quedó estupefacto Chase. ¿Él era amable? ¡Esto sí que tenía gracia! Por un instante miró con desconfianza a la muchacha. ¿Se estaba pitorreando de él? Pero no, no lo parecía. Alzó la mirada, y vio las dos maletas en el estante. La chica viajaba cargada. Luego miró encima de su cabeza, y vio la vieja y sucia maleta de tela de alfombra comprada en California tiempo atrás. Allí estaba, con todo lo que tenía en la vida. No era mucho.

Volvió a mirar a la muchacha. Tampoco parecía que ella fuera la reina del mundo. Vestía con decoro, pero el vestido había dejado de ser nuevo hacía tiempo. Y los guantes. Y el bolso. Le miró los pies, y vio los graciosos botines, que le hicieron sonreír. ¡Qué criatura tan graciosa!

—¿Va usted muy lejos?

—¿Eh? —la miró Chase, sobresaltado.

—Le preguntó...

—Sí, ya, ya. Bastante lejos.

—Yo voy a Casa Grande, Arizona.

—Muy bien.

—He heredado una mina, ¿sabe? Pero no entiendo nada de minas. ¿Usted entiende algo de minas, señor?

—No.

—Es una lástima, porque podría informarme de muchas cosas durante el viaje. Usted debía venir de la Costa; ¿no es así?

—Sí, de la Costa.

—Yo he estado en Los Angeles un par de veces. Es una ciudad preciosa, ¿no está de acuerdo?



—No sé.

—¿No ha estado usted en Los Angeles?

—No.

—Lástima. ¡Es tan interesante...! Usted no parece californiano.

—No lo soy.

—¿De dónde es usted?

—De Tejas —gruñó Chase.

—¡Oh, de Tejas...! ¡Qué Estado tan grande y extraordinario, ¿no le parece?!

—Es grande —masculló Chase.

—No me extraña que sea usted de Tejas. ¡Es muy alto!

Chase se quedó mirando a la muchacha de nuevo mosqueado. ¿Qué tenía que ver una cosa con otra? De pronto, lo comprendió: Tejas era grande y él era largo. Alto. Muy graciosa la niña, muy graciosa.

—Seguramente —añadió ella—, mide usted metro noventa.

—Casi —rezongó Chase.

—Los californianos de raza no son tan altos. Yo he estado viviendo en casa de unos californianos, unas personas de lo más corteses, y muy afectuosas. Siempre han sido muy cariñosas conmigo, ésa es la verdad, pero cuando recibí la carta del notario diciéndome que había heredado una mina de plata, pues... Bueno, es una tontería trabajar para otras personas cuando no es necesario, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Lleva usted una espuela muy curiosa. Y sólo una... ¿Ha perdido la otra, quizá?

Chase bajó la mirada hacia su bota izquierda, donde, en el talón, llevaba prendida la espuela hecha con una moneda de oro. Se quedó mirándola unos segundos, pensando en su significado... Recordó de pronto que no estaba solo en el compartimento descubierto. Era extraño. Sabía que había más personas en el vagón, pero ninguna se había sentado con él, habían preferido ocupar otros asientos. Debía tener mala catadura. Recordó de pronto que llevaba tres días sin afeitarse, y se pasó una mano por la cara. La barba parecía de alambre. Bueno, ya se afeitaría al llegar a Tejas. La barba no hace daño a nadie.

—¿Le pica la barba?

La mirada de Chase se alzó, con mal contenida irritación, hacia los azules ojos.

—No, señorita —gruñó—, no me pica la barba.

—Pues parece una barba terrible.

Chase soltó un bufido, se puso en pie, y alcanzó su maleta de tela de alfombra. Se sentó de nuevo, con la maleta sobre las rodillas, y la abrió. Dentro llevaba sus cosas personales, empezando por el revólver y el cinto. Y un paquete envuelto en hule, y luego en grueso y basto papel.

Desenvolvió este paquete, sacó un trozo de torta de maíz y un pedazo de cecina, y comenzó a desayunar. De pronto, miró a la muchacha que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¿Usted gusta? —farfulló Chase.

—No, gracias. Desayuné muy temprano, antes de tomar el tren en El Centro. Debe tener usted una dentadura fortísima.

—¡Sí!

Taca-tac-tac, taca-tac-tac, taca-tac-tac...

—Le vi a usted desde el andén, antes de subir al vagón. Y luego, cuando entré en el vagón y vi que había tanto sitio en este compartimento decidí sentarme con usted.

—Muy bien.

—¿Eso que come es carne?

—Carné seca, sí. Y torta de maíz. Y en cuanto el tren pare en algún sitio bajaré a tomar un café en una cantina.

—Oh, el café sí me gusta. Y va bien con este frío. Claro que dentro de poco el día se caldeará, pero esta madrugada hacía frío. ¿No ha tenido usted frío en el tren durante la noche?

—Un poco.

—Quizá debió envolverse con una manta.

—No tengo manta —se impacientó Chase.

—Claro —sonrió ella—. ¡No cabría en esa maleta! ¿No lleva usted más equipaje?

—Eso es todo lo que tengo.

—¿De verdad? —abrió mucho los ojos ella—. ¡A mí me pasa lo mismo! Cuando decidí regresar a Casa Grande para hacerme cargo de la mina lo vendí o regalé casi todo. Me quedé solo con cosas personales, algunos libros, y unos pocos objetos que tengo en gran estima, lo metí todo en dos maletas —señaló hacia arriba—, y me puse en camino. Bueno, ya compraré más cosas en Casa Grande. A fin de cuentas, voy a ser rica, me parece.

—Estupendo —farfulló Chase.

Terminó el frugal desayuno, lo envolvió de nuevo, cerró la maleta, y la colocó de nuevo arriba. Se quedó mirando especulativamente a la muchacha.

La idea de salir a fumar a la plataforma tan temprano no le sedujo, ciertamente.

—¿Le molestará que fume? —indagó.

—Claro que no.

—Gracias.

Sacó la bolsita de tabaco y el librito de papel de fumar y comenzó a liar el cigarrillo. Alzó un instante la mirada, y vio los ojos de la muchacha fijos en sus manos, maravillados.

—¡Me gustaría saber liar cigarrillos! —exclamó ella, de pronto.

—Pues aprenda.

—¡Oh! ¿De veras me lo permitiría usted?

Chase se quedó mirándola una vez más atónito.

¿Permitírselo? ¡Por él podía hacer lo que le viniera en gana, como si quería fumar en pipa...! Y de pronto, comprendió el exacto significado de las palabras de la muchacha: ella quería liar un cigarrillo con su tabaco.

Se encontró como metido en una trampa, sin saber qué decir. Terminó de liar el cigarrillo, se lo puso en los labios, y tras un titubeo tendió la bolsita y el papel a la muchacha, que emitió un encantador gorgorito de alegría, y se puso manos a la obra... Chase la contemplaba atónito. ¿Realmente pensaba liar un cigarrillo con los guantes puestos?

—Me... me parece que no es tan fácil —dijo ella.

—Tal vez le saldría mejor si se quitara los guantes.

Ella parpadeó. Miró el tabaco que se había desperdiciado, un pequeño montoncito en su regazo.

—Lo siento... —casi tartamudeó—. He desperdiciado su tabaco, señor. ¡Qué torpe soy!

—No se desanime —gruñó Chase—. Pruebe sin guantes.

Ella se quitó los guantes, y Chase se quedó mirando sus manos. Estuvo a punto de esconder las suyas entonces, pero no se le ocurrió dónde podía, hacerlo. La diferencia entre unas manos y otras era impresionante: grandes, nervudas, fuertes y oscuras las de él; pequeñas, esbeltas, delicadas y blancas las de ella. Así fue como Chase Marlowe reparó, por primera vez en su vida, que tenía unas manos «monstruosas».

—Creo... que sin guantes tampoco es tan fácil... como parece —dijo ella, un poco sofocada—. ¡Con lo bien que lo ha hecho usted! ¡Y tan deprisa y tan fácilmente!

—Es cuestión de práctica. Insista.

—Pe-pero le... le voy a dejar sin tabaco.

—En Tejas hay tabaco.

—Sí... Claro... Gracias.

El tercer cigarrillo que intentó la muchacha le recordó a Chase Marlowe una retorcida raíz. Y cuando ella comenzaba a mostrarlo se deslió, el tabaco cayó también sobre su regazo.

—¡Oh, Dios mío!

—Tómese las cosas con calma.

—¿Puedo..., puedo...?

Chase estuvo a punto de negarse, pero le pareció excesivamente antipático por su parte. A fin de cuentas, era sólo tabaco, ¿no? Y la verdad sea dicha, comenzaba a divertirse.

—Siga, siga. La voluntad es la madre del éxito.

—¡Muy cierto! —le miró ella, encantada—. ¡Lo mismo me pasó con la guitarra!

—¿Qué guitarra?

—La de mis amigos de California. La primera vez que intenté tocarla casi me hice sangre en los dedos, ¿sabe?

—Terrible. ¿Pero aprendió?

—Oh, sí... ¡Ahora toco muy bien la guitarra!

—Entonces, lo primero que debe hacer cuando sea rica es comprarse una.

—Sí —se maravilló ella—. ¡Eso haré! ¡Buena idea!

—Muy buena —asintió Chase.

—Pero... me parece que esto de liar cigarrillos..., es más difícil que...: tocar la guitarra... ¿Cómo lo hace usted? ¿Cómo pone los dedos?

—Bueno, pues... se coge el papel de este modo entre estos tres dedos, y...

—¿Cómo, cómo? —se adelantó la muchacha, tendiéndole sus manos.

Chase no pudo, evitar un respingo al ver las manos de la muchacha tan cerca de él.

—Si la entiendo bien —murmuró—, usted quiere que guíe sus manos, jovencita.

—¡Se lo agradecería mucho!

—Bueno, el caso es que...

—¡Temo que le estoy molestando demasiado!

—No, no... El caso es que... Bueno, veamos... Lo primero de todo es echar el tabaco y distribuirlo bien, para lo cual, el... el papel debe estar bien colocado, ¿comprende? Así que ponga estos tres deditos así... No, no, así no. Estírelos. Eso es...

Chase Marlowe comenzó a tener la impresión de que estaba sudando. O a lo peor era verdad que estaba sudando en la fría mañana que, por otra parte, se iba caldeando con la subida del sol. Los dedos de la muchacha le parecían como delicados tallos de flores, ¡tan finos, tan delicados...! Tibios, sin una sola dureza. Las uñas eran pequeñitas, alargadas, y tenían un leve tono rosado. Y por supuesto, estaban limpias. ¡Vaya si estaban limpias!

—... Y de este modo, ahora, con los pulgares se aprieta hacia fuera, y con los dedos índice y corazón se aprieta y rueda el cigarrillo hacia abajo y adentro... Exacto, así... Muy bien. ¡Ahora sólo falta engomarlo!

La muchacha se llevó el cigarrillo a la boca, sacó la lengua, diminuta y rosada, y la pasó por el papel. Chase Marlowe sintió que se le nublaba la vista al ver aquella lengüecita.

—¡Nos ha salido muy bien! —exclamó ella, mostrando triunfalmente el cigarrillo en alto.

Chase Marlowe contempló aquel esperpento retorcido, gordo por un lado, casi sin tabaco por el otro, y asintió.

—Perfecto —dijo—. ¡Perfecto! Bueno, ahora sólo tiene que fumárselo.

—¿Yo?

—Claro. ¡No lo vamos a tirar!

—Bu-bueno, yo creí... que se lo fumaría usted... ¿Puedo seguir intentándolo yo sola mientras usted fuma?

—De acuerdo —se resignó Chase, sintiendo nostalgia súbita de las femeninas manos.

Y encendió el cigarrillo.

—¿Y a qué va usted a Tejas? —preguntó la muchacha.

—No voy: vuelvo.

—Ah... ¡Ah! ¡Claro! ¿Tiene familia allí?

—No.

—Yo sí tengo familia en Casa Grande. Un montón de primos. ¡Seguro que a ellos también les ha dejado algo el tío Ernest!

—¿Una mina para cada uno?

—¡No sé! —rió ella—. ¡La verdad es que todos estábamos convencidos de que tío Ernest era pobre, así que no veo cómo habría de salirnos ahora, después de muerto, con unas cuantas minas de plata!

—No parece probable, desde luego.

—¿A qué se dedica usted?

—A nada.

—¡Cómo, a nada! ¡Eso no puede ser!

Chase la miró hoscamente, y no contestó. Ella se turbó visiblemente, y permaneció unos segundos en silencio, lo que a Chase le pareció poco menos que un milagro. Jamás había conocido a nadie que hablase tanto...

—Yo me llamo Ernestine —dijo ella—. Ernestine Colby. ¿Cómo se llama usted?

Súbitamente, Chase sintió que toda su paciencia desaparecía.

—Escuche, nena —masculló—, ya está bien, ¿no? Me llamo Chase Marlowe, soy tejano, vuelvo a Tejas después de matar a un hombre en California, y no me dedico a nada porque no me da la gana. No tengo familia, he cumplido los veintinueve años, mido exactamente metro ochenta y ocho, y para ser sincero, detesto la charla. ¿Tiene alguna pregunta más que hacer?

Ella le miraba con los ojos muy abiertos. Chase soltó un gruñido, se deslizó en el asiento, se puso el sombrero sobre la cara, y cerró los ojos. Enseguida, se preguntó si podía haber en el mundo alguien más estúpido que él. Seguramente no.

Taca-tac-tac, taca-tac-tac, taca-tac-tac, hacía el tren.

## CAPÍTULO II

Era talmente como si estuviera viviendo de nuevo aquel momento...

Él estaba frente al hotel donde se había alojado la noche anterior, sentado en una de las mecedoras del porche, con las piernas estiradas y el sombrero caído sobre el rostro. Desde allí veía perfectamente el banco de San Cipriano, al Sur de California. El camino había sido largo, muy largo, pero lo había terminado.

Sí, ya había terminado. Estaba tan seguro de eso que, temprano, había ido a la cuadra a encargarse que le tuvieran preparado el caballo con el que luego cabalgaría hasta donde pensaba tomar el tren de regreso a Tejas. También había pagado la cuenta del hotel, y allá, en el porche, tenía la maleta de tela de alfombra.

Pero el revólver no estaba dentro de la maleta, sino en su cadera, limpio, bien engrasado, perfecto, reluciente en su funda.

De cuando en cuando, metía bajo el sombrero la mano que sostenía el cigarrillo, y daba una lenta chupada. Hacía sol. Debían ser las once de la mañana.

A esa hora llegó aproximadamente Gilles Denton al banco de San Cipriano, acompañado de dos hombres. Denton entró en el banco, y los dos hombres se fueron a la cantina. Chase terminó de fumar el cigarrillo tranquilamente, sin perder de vista la puerta del banco.

Siete u ocho minutos más tarde, Gilles Denton salió del banco, bajó a la calzada, y se dispuso a cruzar la calle, en dirección a la cantina donde Chase había visto entrar a los otros dos sujetos.

Chase se puso en pie, descendió a su vez de la calzada, dio un par de largos paseos en ésta, y llamó, suavemente:

—Denton.

El hombre que caminaba hacia la cantina se estremeció ligeramente un instante, pero continuó adelante, evitando darse por aludido. Lógico. Ahora se hacía llamar Jeremy Barclay, y era un honrado ganadero del Sur de California.

Pero Chase Marlowe sabía la verdad, así que insistió, con tono más fuerte:  
—¡Gilles Denton!

El hombre se detuvo, por fin, y se volvió, lentamente. Su mirada y la de Chase parecieron chocar. Algunas personas se habían detenido en los porches, pero otras, que habían estado caminando por la calzada, se apresuraban a desaparecer, algunos corriendo declaradamente.

—¿Se dirige usted a mí? —preguntó el honorable Barclay.

—No veo a ningún otro Denton por aquí —replicó Chase.

—Se confunde usted. Adiós.

—No me vuelva la espalda —advirtió Chase—. No quiero que me «resulte tan fácil» después de meses lejos de Tejas.

El honorable Barclay se volvió de nuevo. Ahora era muy fácil constatar la palidez de su rostro enérgico, adornado con un grueso bigote a la californiana.

—No le conozco a usted —dijo, con voz tensa.

—Chase Marlowe.

—No le conozco. Déjeme en paz.

—Tal vez conoció usted a Dan Ringle. Y a Elsa Ringle. ¿Los conoció?

La palidez del honorable Barclay no podía ser mayor. Se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Parecía una estatua a pleno sol en la calle central de San Cipriano. Pareció que ninguno de los dos hombres fuese a moverse nunca más, hasta que Chase dijo:

—Bueno, Denton, ¿le mato sin más?

Denton aspiró profundamente. Por el rabillo del ojo vio a sus dos amigos saliendo de la cantina, sin duda advertidos de lo que estaba sucediendo en la calle. Chase Marlowe también miró hacia los dos hombres un instante.

Un brevísimo instante.

Y ése fue el momento que Denton eligió para intentar sobrevivir.

Sólo que, cuando movió la mano hacia su revólver, Chase tenía esto más que sabido y previsto. En realidad, sólo había mirado hacia los otros dos para provocar esa reacción en Denton, precisamente.

De modo que no sólo no le pilló desprevenido, sino, que, en realidad, mientras miraba a los otros dos, su mano ya iba en busca del revólver.

Fue todo de una coordinación perfecta, de un planteamiento maquiavélico. Todo medido instante por instante: Chase permitió incluso que Denton llegase a desenfundar su revólver, porque las cosas tenían que quedar muy claras en todo momento. Y cuando Denton tenía ya el revólver en la mano, él tiró del suyo fuera de la funda.



Su disparo quebró el silencio cuando el revólver de Denton comenzaba a tomar la horizontal. Un solo disparo, una sola bala, que alcanzó a Gilles Denton en pleno corazón, lo sacudió brutalmente, y lo tiró de espaldas en el centro de la calle, con los pies hacia arriba.

Casi simultáneamente, la mirada de Chase Marlowe regresó velozmente al porche de la cantina, captó la escena, y disparó de nuevo, dejándose caer de rodillas. El plomo disparado por uno de los amigos de Denton, perforó el caliente aire con seco crujido por encima de su cabeza, mientras Chase disparaba de nuevo. El hombre lanzó un grito, soltó el revólver girando sobre sí mismo, y fue a dar de bruces contra la fachada de la cantina, cayendo luego hacia atrás.

El tercer sujeto quedó inmóvil, lívido, con la mano en la culata de su revólver a medio sacar. Chase se puso lentamente en pie, ladeó la cabeza, y se quedó mirando al tercer sujeto. Éste dejó caer el revólver en la funda, y permaneció inmóvil. Chase enfundó también su arma, miró a Denton, y se dirigió lentamente hacia él. En la calle sólo se oía el tintineo de su espuela de oro.

Llegó junto a Denton, metió la punta de una bota bajo un sobaco, y le dio la vuelta. Se quedó mirando los abiertos ojos despavoridos del cadáver, y por fin asintió con un gesto y se encaminó hacia el porche del hotel. Allí, recogió su maleta, y se dirigió hacia la cuadra. Lástima que tuviese que tomar el tren, pero una cabalgada hasta Tejas le parecía demasiado excesivo. Ya compraría allá otro caballo. Y mejor que el que tenía ahora.

Pasó junto a los dos sujetos, el tercero atendiendo al segundo, que tenía herido el hombro derecho, y mascullaba su dolor... Chase se detuvo y se volvió.

—Quiero suponer que ustedes no tenían nada que ver con las canalladas de Denton —murmuró—. Por eso están vivos. No compliquemos más las cosas, ¿de acuerdo?

—¿De qué está usted hablando? —jadeó el herido.

Chase metió dos dedos de la mano izquierda en un bolsillo de su cazadora, y sacó un papel doblado. Lo desdobló, y lo tendió al que no estaba herido. Éste miró, atónito, el pasquín de recompensa fechado en Tejas: dos mil quinientos dólares por Gilles Denton. Sólo que el rostro del pasquín era el del señor Jeremy Barclay.

—No comprendo —susurró.

—Tómese su tiempo —dijo secamente Chase—. Seguramente acabará por comprender.

—¿Quiere decir... que el señor Barclay estaba reclamado en Tejas por asesinato?

—Ha sido usted muy rápido. Cuando venga el *sheriff*, o el alguacil, o lo que sea que tengan ustedes aquí, díganle que me llamo Chase Marlowe, y que ya le escribiré desde Tejas...

Taca... tac... tac... Taca... tac... tac, se iba espaciando el traqueteo del tren. Luego, el chirrido de los frenos, voces, algún grito, una risa lejana...

—¡Yuma! —gritaba una voz—. ¡Yuma!... ¡Yuma...! ¡Yuma!

Chase Marlowe se sentó bien, y se colocó adecuadamente el sombrero, mientras miraba por la ventanilla. A través del cristal vio uno de los carteles. En efecto, Yuma. ¡Caramba, ya estaban en Arizona, entonces!

Miró al frente, y vio a la muchacha sentada muy tiesecita, mirándole expectante:

—Parece que me he dormido —masculló Chase.

—Ya... ya estamos en Yuma.

—No me diga.

—He oído que pararemos aquí veinte minutos.

—Entonces voy a tomar un café.

Se dispuso a ponerse en pie, y entonces vio junto a él, en el banco, los cigarrillos, algunos aceptables. La bolsita estaba vacía. Mira qué bien, la niña se había estado divirtiendo haciendo monstruosos cigarrillos.

Los agarró de cualquier manera, y se los metió en un bolsillo de la cazadora. Ella había terminado el tabaco y el papel de fumar. Muy bien.

—Con permiso —masculló, desplazándose hacia el pasillo.

Salto al andén y se orientó hacia la cantina, donde pidió café. Sabía por qué se había dormido durante la mañana: por la noche, debido al frío, apenas había dormido. Se preguntó si valía la pena volver tan precipitadamente a Tejas. ¿A qué tanta prisa, soportando tanta incomodidad? Nadie le esperaba en Tejas, así que podía haberse tomado las cosas con más calma, viajando más cómodamente...

—¿Me pone café, por favor?

—Enseguida, señorita.

Chase torció el gesto, y, con el pote ante su boca, volvió el rostro a su izquierda. Allá la tenía de nuevo.

—Ya le dije... que a mí también me gusta el café.

—Sí —asintió Chase—, lo dijo, es cierto. Yo lo oí.

Ella enrojeció, cosa curiosa. Chocante, sí. Chase terminó su café, pagó, y se alejó, dispuesto a pasear por el andén para estirar las piernas. ¡Qué

demonios, era más fatigoso viajar en tren que a caballo! Aquel viaje era un absurdo.

Se entretuvo contemplando la gente. Vio algunos tipos que le hicieron fruncir el ceño; armados, torvos. No le gustaron ni pizca. Pero bueno, no todos los pasajeros iban a ser como Ernestine Colby, claro.

Por cierto: ¿dónde se había metido la muchacha?

Volvió la cabeza en todas direcciones, pero no la vio. Se encogió de hombros. Seguro, que perdía el tren. Bueno, allá ella. Se encaminó hacia la cola, caminando a largas y lentas zancadas. Uno de los tipos malcarados se quedó mirando con interés su espuela de oro, pero Chase no le hizo caso. Estaba acostumbrado. Desde la cola del tren miró de nuevo todo el andén, sin ver a la señorita Colby... ¡Criatura boba! Encogió de nuevo los hombros, y se quedó mirando hacia las montañas que había al Norte. Aquello ya era otra cosa. Montañas, llanos, un buen caballo...

El anuncio de la salida del tren le pilló por sorpresa, y tuvo que correr para poder agarrarse a la barandilla del último vagón de pasajeros, que iban por delante de los de carga. Había estado a punto de perder el tren. Y mientras caminaba hacia su vagón, pensó en la señorita Colby. Seguro que ella sí lo había perdido. Por las ventanillas iba viendo la estación, que enseguida quedó atrás. Llegó a su vagón, buscó su asiento localizándolo por medio de la maleta colocada arriba, y vio las dos de la señorita Colby. ¡Boba!

Sin embargo, cuando llegó al compartimento, la señorita Colby estaba en su sitio, y le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Creí que había perdido el tren, señor Marlowe!

—Y yo creí que se la habían quedado en Yuma.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Para meterla en el presidio. ¿No sabe usted que en Yuma hay una famosa prisión territorial?

—Oh, sí, pe-pero yo... ¡no he hecho nada malo!

—Sin embargo, yo he oído decir que encarcelan a las personas que siempre están preguntando cosas.

Se dispuso a sentarse, y entonces vio en el asiento el paquete de tabaco y el librito de papel de fumar. Miró lentamente a Ernestine Colby, que enrojeció de nuevo.

—Yo... yo despilfarré su tabaco, y... y... Bueno, creí que debía... comprarle... para el viaje.

Chase lo recogió, y se sentó. Reparó entonces en el cesto que la muchacha tenía a su izquierda, pero se abstuvo de preguntar. No era de éstos,

generalmente.

—También le he comprado tres cigarros.

Miró a la muchacha, y se quedó pasmado contemplando los tres cigarros que ella le tendía tímidamente.

—Pero oiga —gruñó—, ¿qué demonios pasa?

—¿No le gustan los cigarros?

—¡Me gustan los cigarros, pero yo decidiré cuándo debo comprarlos y fumarlos!

—Pe-pero, señor Marlowe, no creo... que deba usted enfadarse por una cosa así... Sólo trato... de ser amable con un compañero de viaje.

—¡Déjeme en paz!

—¿No quiere los cigarros?

La decisión de Chase le sorprendió a él mismo: de un manotazo se apoderó de los tres cigarros, mordió la punta de uno, y se lo incrustó entre los dientes. Guardó los otros, encendió el que tenía en la boca, y masculló:

—¿Está contenta ahora? ¡Ya no me debe nada, estamos en paz! ¿De acuerdo?

—Me aseguraron que eran buenos cigarros.

—¡Está bien, son unos buenos cigarros!

—Mi tío Ernest también tenía bastante mal genio.

—¿Quién?

—Mi tío Ernest, el de la mina.

—Ah, sí. El que la ha hecho rica. Un momento: ¿está usted diciendo que yo tengo mal genio?

—¿No lo, tiene?

La tormenta se gestó en el rostro de Chase Marlowe. Pero supo controlarse. Gruñó algo, y luego se sumió en el silencio más pétreo.

Poco después de mediodía, a la altura de Wellton, Ernestine Colby se colocó la cesta sobre las rodillas, la abrió, y comenzó a remover la comida que había comprado en Yuma. Con los párpados entornados, Chase miraba la comida. Olía muy bien. La señorita Colby comenzó a comer, como distraída.

De pronto lo miró, y dijo:

—Le ofrecería, pero seguramente usted me contestaría que comerá lo que quiera y cuando quiera, ¿verdad?

—Empezamos a conocernos —asintió Chase.

Poco después, bajó su maleta, y sacó la cecina y la durísima torta de maíz. Estaba de un humor pésimo.

—Pues a mí —dijo Ernestine— me gustaría probar eso. Carne seca, ¿verdad?

—Se rompería los dientes.

—No creo. Tengo unos dientes muy sanos y fuertes, ¿ve?

Se los mostró, como en una sonrisa, y una vez más Chase se quedó estupefacto.

—Oiga —dijo—, usted debía vivir muy tranquila en California, con esos amigos, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Eran todos gente encantadora. He estado con ellos bastante tiempo. Desde que murió mi madre. Mi padre murió antes que mi madre... Señor Marlowe: ¿sabe qué he estado pensando?

—¿Qué?

—Como usted no se dedica a nada, y yo voy a tener pronto una mina que atender, podría darle trabajo en ella. ¿Qué le parece? ¡Le daría un buen empleo, naturalmente! Capataz, o algo así... ¿Qué le parece?

—La idea sería brillante si yo entendiera algo de minas —consiguió reaccionar Chase—. Pero ni entiendo, ni me gustan.

—¿Qué le gusta a usted?

—Las vacas y los caballos.

—¿Es usted vaquero?

—No, no. Pero estoy acostumbrado a ese ambiente.

—Ah, comprendo. ¿Qué hacía usted antes de no hacer nada?

—Pues yo me... ¡Ya estamos de nuevo!

—¿He dicho algo malo?

—Por todos los demonios... ¡Tenga un trozo de esta maldita cecina, a ver si distrae un buen rato su boca!

Arrancó rudamente un pedazo, y se lo tendió.

—¡Muchas gracias! ¡Es usted muy amable, señor Marlowe!

Ernestine mordió la cecina, y enseguida miró alarmada a Chase, que sonrió perversamente, es decir, retorció una mueca en su barbudo rostro.

—¿Qué? —se interesó.

Ella terminó de arrancar el mordisco, lo masticó, y dijo:

—Es muy buena... ¡Muy buena!

—Sí. Buenísima. ¿Quiere más?

—Si no le importa, luego, para... para cenar...

—Ya. Bueno, es una lástima que para la hora de la cena usted ya habrá llegado a su destino.

—¿Y usted seguirá hacia Tejas?

—Claro.

Ella se quedó mirándole en silencio, y él frunció el ceño. Sí señor, él iba a Tejas, ¿no era así? ¡Qué preguntas más tontas hacen las mujeres! Si él iba a Tejas, tendría que seguir hacia Tejas. Indiscutible. Todavía fruncido el ceño, Chase alzó los párpados, y miró a Ernestine. Ella miraba hacia el exterior, y tenía la boquita entreabierta. Todavía tenía la mano con el trozo de cecina ante la boca. La mirada de Chase fue de la mano a la boca, de la boca a la mano, de la mano a la boca...

Taca-tac-tac, taca-tac-tac, taca-tac-tac, hacía el tren.

\* \* \*

Hacia las dos de la tarde habían pasado frente a un poblacho cuyo nombre ni siquiera pudo ver Chase. Poco después, pasaron ante otro lugar, llamado Aztec, igualmente polvoriento e, insignificante, y que desapareció enseguida del panorama de la ventanilla. La señorita Colby se mantenía en un extraño silencio, que Chase compartía de buena gana. ¿O quizá no?

Ahora hacía calor, y Ernestine se había desabotonado un poco el vestido, cerca del cuello. Tenía la garganta fina y blanca. Toda ella era fina y blanca. Chase se la imaginó en la casa de sus amigos californianos, viviendo en un ambiente grato y tranquilo. Sólo una persona que hubiera estado llevando una vida tan plácida y amable podía ser tan... comunicativa con sus semejantes.

La idea de que aquella criatura iba a Casa Grande nada más y nada menos que a hacerse cargo de una mina le causó un desconocido desasosiego. ¿Qué debía creer la señorita Colby que era una mina? No la mina en sí, claro, pues eso lo sabe cualquiera, sino el ambiente en torno a una mina, la gente que trabaja en ella, la población flotante que se instala cerca de una mina: pistoleros, jugadores profesionales, prostitutas, ladrones de toda clase...

No, de ninguna manera podía imaginarse a la señorita Colby dirigiendo una mina. En cuanto a él, era cierto: no tenía ni idea de cómo se trabajaba una mina, de cómo se explotaba. Bueno, y además, ¿a él qué demonios le importaba?

Ernestine Colby lo miró de pronto, sonrió, abrió la boca..., y entonces sonó en el vagón una voz que, ciertamente, no provenía de tan angelical boquita:

—¡Todo el mundo en pie y con las manos bien altas! ¡Esto es un asalto!

## CAPÍTULO III

Se oyeron gritos, exclamaciones, chillidos de mujeres...

—¡Vamos, vamos! —insistió la voz—. ¡Todo el mundo en pie!

Chase miraba el rostro de Ernestine, y sus ojos muy abiertos mirando hacia el otro extremo del vagón, es decir, hacia su espalda. Volvió la cabeza, vio en la puerta al sujeto empuñando dos revólveres, y, tras fruncir el ceño, se puso lentamente en pie y alzó con desgana los brazos..., mientras miraba su maleta. Pero sus malas ideas ni siquiera llegaron a concretarse, porque frente a él, en la otra puerta del vagón, apareció otro sujeto igualmente armado y miró a Ernestine, que parecía petrificada y masculló:

—Será mejor que se ponga en pie y alce los brazos, jovencita.

—¡Todo el mundo callado! —tronó la voz del hombre que estaba en la punta del vagón más alejada—. ¡Les tenemos a todos controlados, de modo que empiecen a sacar su dinero y sus joyas y vayan dejándolo todo en el pasillo! ¡Deprisa!

Ahora sonaron gemidos, lamentaciones, protestas... El sujeto que estaba a un par de metros de Chase disparó su revólver contra el techo del vagón, y en el acto se hizo el silencio.

—¡Así me gusta! —rió el hombre—. ¡Hagan lo que se les ha ordenado, pronto, pronto! ¡Y están advertidos de que quien toque un arma está muerto!

Chase Marlowe metió una mano en un bolsillo de su cazadora, sacó unos cuantos billetes, y se inclinó para depositarlos en el pasillo. El hombre, frente a él, le miró iracundo.

—¿Eso es todo, amigo?

—No soy rico —masculló Chase—. Si quieren más dinero asalten un banco.

Él, hombre le dirigió una torva mirada, pero Chase la ignoró, y se colocó de nuevo entre los dos asientos, frente a Ernestine, que sujetaba su bolso con ambas manos, apretándolas mucho. Chase sonrió irónicamente.

—Le sugiero que se olvide de las personas amables que ha conocido hasta ahora y entregue su dinero.

—Pero... ¡es todo lo que tengo!

—Pero pronto será rica. En cambio, si muere ya no podrá ser nada nunca más.

—¡Menos charla! ¡Usted, cotorra, el bolso!

Ernestine apretó un instante los labios con un gesto que habría divertido a Chase si él mismo no hubiera estado furioso. La muchacha, empero, dejó su bolso en el pasillo.

—Y las joyas —dijo el sujeto—. ¡Venga, las joyas!

—No tengo joyas —dijo Ernestine.

—No, ¿en? Venga aquí, guapa. Le voy a meter la mano entre las tetas, y si le encuentro...

En el vagón retumbaron dos disparos casi simultáneos detrás de Chase. Y enseguida, el alarido agónico... Chase volvió la cabeza, y vio a uno de los pasajeros cayendo de lado hacia el pasillo, y soltando el revólver con el que había intentado cambiar el curso de los acontecimientos... Pero todo lo que había conseguido era recibir una bala en el pecho y disparar entre sus pies. Cayó al pasillo, y quedó retorcido grotescamente.

El miedo fue definitivo en el vagón, y los restantes pasajeros, lívidos, se dieron más prisa en desprenderse del dinero y demás cosas de relativo valor.

Taca-tac-tac, taca-tac-tac, taca-tac-tac...

—Usted, señora —ordenó el sujeto más alejado de Chase—, quítese ese ridículo sombrero, salga al pasillo, y recoja todo lo que hay en el suelo. ¡Póngalo en el sombrerito!

Una mujer salió al pasillo, temblando, y comenzó a recogerlo todo. Chase volvió a mirar a Ernestine, que parecía más enfadada que asustada. Chocante criatura. Claro que a él le sucedía lo mismo..., pero sabía que nunca podría alcanzar su maleta, sacar el revólver... ¡Bah, era mejor olvidarlo! Además, ¿cuántos hombres había en el tren?

Se le ocurrió mirar por la ventanilla, y vio entonces el grupo de caballos cabalgando paralelamente al tren, a unos cien metros. Un jinete llevaba tras él, sujetos por una soga, siete caballos ensillados. Muy bien, había siete hombres en el tren. Uno en la máquina, por supuesto, amenazando a los dos hombres que había en ella. Y los otros seis, repartidos en los cuatro vagones. Cuando lo hubieran recogido todo avisarían al de la máquina, éste obligaría al maquinista a frenar, saltarían del tren, y se largarían en sus caballos.

Perfecto.

Una mujer había salido al pasillo, y sollozaba sobre el hombre abatido de un balazo en el pecho. Chase miró de nuevo a Ernestine, y la vio ahora pálida



y tensa. De pronto, ella le miró a él, y un destello de rebeldía pasó por sus ojos.

—¿No va usted a hacer nada? —murmuró.

—Ya lo estoy haciendo —murmuró Chase—: Conservo mi vida. ¿Le parece poco?

Su gesto se ensombreció cuando vio el desdén claramente reflejado en el de la muchacha.

—Sólo son dos —dijo ella.

—Son siete —gruñó Chase.

—¡Cómo, siete! —respingó Ernestine.

Chase movió la cabeza. Aquella criatura, ciertamente, acababa de bajar de las nubes...

—¡Todas las mujeres que se pongan cerca del pasillo! —se oyó de pronto una voz diferente detrás de Chase.

De nuevo volvió éste la cabeza, y vio al nuevo forajido que entraba en escena. Estaba junto al otro, y tenía en las manos un Winchester de repetición. Las mujeres, aterradas, se acercaban a los extremos de los bancos que daban al pasillo, y el recién aparecido pasaba ante ellas, mirándolas torvamente, sólo de pasada, caminando deprisa... Vio de pronto a Ernestine, y se detuvo. La miró detenidamente de arriba abajo, y sonrió. Sonrió como podría sonreír un cerdo.

—Ésa me gusta —dijo alegremente—. ¿Cómo te llamas, encanto?

—¡No le importa a usted! —replicó Ernestine.

El hombre quedó atónito un segundo. Luego, se echó a reír de buena gana.

—¿Has oído esto, Clayton? ¡Dice que no me importa!

—¿Y te importa, Turner? —preguntó el otro.

—¡En absoluto! —su mirada se endureció de pronto—. Pero cuando yo pregunto algo quiero una respuesta. ¿Cómo se llama usted, preciosidad?

—Será mejor que le responda —dijo Chase.

El llamado Turner metió la punta del cañón del rifle en el estómago de Chase, y gruñó:

—¿Quién le ha metido a usted en eso? ¿Eh? ¡Le voy a...!

—¡Ernestine! —exclamó ésta—. ¡Ernestine Colby! ¡No le hagan nada al señor Marlowe!

Turner miró de reojo a la muchacha, y de nuevo a Chase Marlowe, con gesto avieso.

—Los tipos como usted me cabrean, ¿sabe? Siempre se las van dando de guapos y listos... ¡Me cabrean mucho!

Diciendo esto, Turner apretó de pronto con el cañón del rifle en el estómago de Chase, que sintió un dolor espantoso, y se inclinó inconteniblemente... Su barbilla descendió a la medida que Turner había deseado, y el forajido retiró el cañón, giró el rifle, y la culata impactó fuertemente en la mandíbula de Chase, derribándolo en el asiento, junto a la ventanilla...

—¡No le hagan daño! —gimió Ernestine—. ¡Oh, Dios mío, no le hagan...!

—¡Cállese! —gritó Turner—. ¡Y camine hacia la plataforma!

—¡No!

—No, ¿eh?

Turner agarró de un brazo a Ernestine, y tiró de ella, sacándola al pasillo, y empujándola hacia la puerta. El llamado Clayton rió, y miró divertido a Chase, que seguía en la misma postura, con una mano en la mandíbula. El otro llegó, con el sombrero femenino lleno de dinero y joyas, y dijo:

—Venga, ya podemos marcharnos... ¡Hombre, el tipo de la espuela de oro!

—¿De qué hablas, Moses?

—¿No la ves, hombre? —señaló con un revólver Moses la espuela de Chase—. ¡Una preciosa espuela de oro! Usted, amigo, quítesela... ¡Vamos!

Chase Marlowe se quitó la espuela, y la dejó sobre el banco. Moses la recogió y se la metió en un bolsillo del tabardo, sonriendo. Un poco más allá, Turner sacaba a Ernestine a la plataforma, a empujones y tirando de ella, que se resistía. Una seca bofetada en pleno rostro terminó con la resistencia de la muchacha. Moses y Clayton rieron, y éste dijo:

—Voy a decirle a Sonier que pare el tren.

Echó a correr por el pasillo hacia la cabeza del tren... Chase Marlowe permanecía inmóvil en el asiento, fija la mirada en el suelo. Un minuto más tarde, el tren comenzó a perder velocidad, y a los pocos segundos se detenía completamente.

Sin dejar de amenazar a los pasajeros con sus dos revólveres, Moses se desplazó de espaldas hacia la puerta del vagón. Miró a Chase, y sonrió.

—¡Gracias por la espuela, amigo!

Salió a la plataforma..., pero reapareció enseguida, riendo y blandiendo amenazadoramente los revólveres, de modo que el apenas iniciado movimiento de los pasajeros terminó en el acto.

—¡Y que nadie se mueva de aquí! ¿Entendido?

Volvió a salir. Chase volvió la cabeza hacia la ventanilla, y vio saltar a Turner, tirando de Ernestine, que cayó al suelo. El jinete con los siete caballos ensillados se acercaba al tren, pero se detuvo a unos cincuenta metros.

Chase alzó la mirada hacia su maleta. Podía sacar el revólver, y disparar acertando a alguno de aquellos sujetos, cierto. Pero la réplica sería inmediata, y aunque alguno de los pasajeros tuviese, como él, algún arma para pasar al contraataque, lo seguro era que aquellos ocho forajidos harían una auténtica escabechina... No se movió.

Estuvo mirando la figura de Ernestine mientras era arrastrada hacia los caballos. Vio a los demás miembros de la banda corriendo hacia allí, y montar rápidamente. Turner pareció enfadarse decididamente con Ernestine, y le golpeó en la cabeza con el cañón del rifle. La muchacha cayó al suelo sin sentido. En el vagón se oían gemidos, sollozos, voces de mujer disuadiendo a algunos hombres de utilizar las armas... Chase Marlowe no veía ni oía riada. Es decir, sólo veía a Ernestine. Turner la colocó cruzada de bruces sobre su caballo, montó, y la banda se alejó al galope hacia el Sur.

Chase se puso en pie, y se dirigió hacia donde yacía el hombre herido. Apartó a los demás, y examinó la herida en el pecho.

—Va a morir si no le atiende pronto un médico —dijo—. ¿No hay ningún médico en el tren? Bueno, busquen en los demás vagones. ¿Alguien sabe si falta mucho para la próxima estación?

—Hay unas diez millas de aquí a Sentinel —respondió un hombre.

—Seguramente allí habrá un médico..., pero busquen en el tren. Yo iré a decirle al maquinista que siga a toda velocidad hasta Sentinel.

\* \* \*

El tren se detuvo en el apeadero de Sentinel apenas quince minutos más tarde, y Chase Marlowe se apeó; depositando en el suelo su maleta. Subió de nuevo al tren, y descargó las dos maletas de Ernestine Colby, que dejó junto a la suya.

Sentinel, como Aztec y otras localidades por las que habían pasado, era insignificante, pero ahora parecía la estación de una gran ciudad, llena de gente que gritaba e iba de un lado a otro. El encargado de la estación estaba rodeado de pasajeros que hablaban todos a la vez, unos pidiendo un médico, otros exigiendo que telegrafiasen desde la estación a algún lugar desde el cual pudieran enviar representantes de la Ley para perseguir a los asaltantes...

Chase Marlowe agarró su maleta y una de las de Ernestine con una mano, y la otra de la muchacha con la otra mano, y se dirigió hacia el extremo de la estación..., por donde aparecían las pocas personas de Sentinel que no habían estado ya allí para, simplemente, ver pasar el tren. Chase se detuvo delante de un sujeto, que se paró chocando con su pecho, y lo miró sobresaltado.

—¿Sabe usted de alguien que pueda venderme un buen caballo? —preguntó.

—¡Bascomb tiene tres o cuatro! ¡Allá, en la cuadra! —dijo el hombre; y continuó su rápida carrera hacia la estación.

Chase asintió, y se dirigió hacia el lugar señalado. No había nadie. No había absolutamente nadie en el poblacho. Desde la estación llegaba el griterío. Chase entró en la cuadra, que olía a demonios muertos, dejó las maletas en el suelo, y pasó a examinar los caballos.

Había cuatro solamente. Eligió el que le pareció mejor, y lo sacó fuera, hacia la entrada. Encontró un par de sillas, de las cuales eligió también la que le pareció más sólida, y se dedicó a ensillar cachazudamente el caballo. Hecho esto, colocó las maletas en un rincón, sacó de la suya el cinto con el revólver, y se lo colocó a la cintura.

Estaba anudando la correílla de piel de vaca por encima de la rodilla derecha cuando llegó corriendo un sujeto pequeñajo, con blanca melena alborotada y ojos chispeantes de furia.

—¡Oiga! —aulló—. ¿Qué está haciendo usted?

—Le tomo prestado el caballo y la silla —dijo calmosamente Chase—. Como prenda le dejo todo mi equipaje.

—¡Oiga, oiga, un momento! ¡Ese caballo vale...!

—No tengo dinero —le interrumpió Chase, mirándole fijamente—, pero necesito el caballo. ¿Tiene usted un rifle?

—¿También prestado? —gritó el hombre.

—Sí, señor —deslizó amablemente Chase.

—Bueno —el hombrecillo melenudo parpadeó—. Sí, tengo un rifle... Pero escuche, yo no le conozco y...

—Deme ese rifle..., por favor. Y munición para él.

El vejete estuvo tres o cuatro segundos, mirando con suma atención los grises ojos del tejano, que a su vez lo contemplaban con extraordinaria fijeza. De pronto, asintió.

—De acuerdo, amigo.

—Gracias. Y vea si tiene por ahí una manta vieja y unos cordeles.

—Muy bien. Apuesto a que me lo devuelve todo.

—Eso es apostar sobre seguro —casi sonrió Chase Marlowe.

Dos minutos más tarde salía al galope de Sentinel. Por supuesto, no en dirección a Tejas.

## CAPÍTULO IV

El sol comenzaba a ponerse tras las Mohawk Mountains cuando los cuatro jinetes se detuvieron junto a la orilla derecha del riachuelo San Cristóbal, que discurría mansa y casi silenciosamente hacia el Gila River. Tras las montañas, el resplandor parecía causado por un enorme incendio.

—Bueno —dijo Clayton—, ya está bien. Éste es un buen lugar para pasar la noche. Ya puede desmontar, encanto.

Soltó una risita, mientras con una mano acariciaba los pechos de Ernestine, que llevaba en la silla ante él, y con la otra acariciaba su rubia cabellera. Ernestine lanzó una exclamación, se quitó la mano de Clayton de sobre el seno, y se apresuró a desmontar, mientras los otros tres reían estrepitosamente.

—¡Tienes las manos muy largas, Clayton! —rió Spellman.

Mills y Webber volvieron a reír, y el primero advirtió:

—¡Ya verás cómo se entere Turner! Recuerda lo que dijo antes de separarnos: ¡la quiere para él!

—Y no querrás, hacer enfadar a Turner, ¿verdad? —dijo maliciosamente Webber.

Clayton soltó un gruñido, encogió los hombros, y desmontó. Los demás le imitaron, como si de pronto hubieran olvidado a Ernestine. Ésta miraba en todas direcciones, desconsolada. Salvo las montañas allá lejos, todo era terreno prácticamente llano, sin arbolado apenas, algunos matojos resecos... La idea de huir la obsesionaba desde el primer momento, pero... ¿cómo y adónde? Aun en el supuesto de que consiguiese apoderarse de uno de los caballos, sabía que los otros tres hombres la alcanzarían rápidamente.

Se dejó caer sentada al suelo, y se puso a llorar silenciosamente.

Un par de forajidos la miraron, sonrieron divertidos, y se dedicaron a desensillar sus caballos, que dejaron sueltos, por el momento, para que buscasen alguna brizna de reseca hierba..., si es que la había en alguna parte.

—De todos modos —dijo de pronto Spellman—, no hemos de quedarnos aquí, así que no vale la pena complicarse la vida. Por la mañana seguiremos

hacia las Mohawk, y allá esperaremos que Turner termine el asunto.

—Puede tardar bastantes días —dijo Clayton.

—Seguro que sí. ¿Y qué? Una vez estemos en las montañas nadie podrá encontrarnos. Eso, suponiendo que haya alguien capaz de seguir nuestras huellas.

—¡Bah! —exclamó Mills—. Esa gente ha seguido su viaje, dirán que les han robado unos miserables dólares, y eso será todo. No hay un solo, *sheriff* tan tonto como para lanzarse en pos de ocho tipos como nosotros.

—Cuatro —corrigió Webber—. Turner, Moses, Sonier y Ferguson no están aquí, ¿verdad?

—Pero nadie lo sabe. Todo el mundo debe creer que seguimos juntos los ocho.

—Eso es verdad —aceptó Webber—. ¿Tenemos algo de *whisky*?

—Creo que quedan un par de botellas —dijo Spellamn, acercándose a su silla y acuclillándose ante las alforjas—. Maldita sea, debimos comprar más, pensando en que vamos a pasar unos cuantos días en esas malditas montañas.

—Uno de nosotros podría acercarse a Ajo a por *whisky* —sugirió Clayton—. Son sólo unas veinticinco millas.

—Sí, pero hay que cruzar las Growler Mountains —mover la cabeza Spellman—. Bueno, ya veremos. Podríamos hacerlo a suertes.

—Hay otra cosa que también me gustaría jugarme —dijo Clayton.

Miró a Ernestine. Los demás también la miraron, y ella miró cada vez más asustada de uno a otro hombre. Mili insistió:

—Recuerda lo que dijo Turner. Si yo fuera tú, dejaría en paz a la chica hasta que él la haya usado.

Ernestine Colby parpadeó. Tardó un par de segundos en comprender, y entonces palideció súbita e intensamente, y sus ojos se desorbitaron. Clayton emitió una risita forzada, y se tocó el pantalón.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Acaso te asusta esto? ¡Pues es de lo mejor del mundo!

Se echó a reír agudamente, y los demás también rieron. Lo estaban pasando muy bien. Webber sugirió:

—¿Y si fuese virgen?

—Pues podría ser —admitió Spellman—, porque tiene una carita de niña tímida y pura que casi me asusta. Oye, Ernestine Colby: ¿eres virgen?

Ernestine ocultó el rostro entre las manos, y rompió a llorar, ahora audiblemente.

—Debe ser virgen —dijo Clayton—. ¡Apostaría cualquier cosa a que es virgen!

—Bueno, ya se lo preguntaremos a Turner después de que se haya reunido con nosotros y la haya... disfrutado. Vamos a ver qué porquerías tenemos para cenar.

Se desentendieron definitivamente de Ernestine, y cada uno se dedicó a una cosa. Clayton fue a buscar agua, Spellman encendió el fuego, Mills preparó una sartén y Webber fue colocando bien las sillas desmontar... Parecían estar muy bien avenidos. La noche llegó sin que Ernestine se diera cuenta. De pronto, simplemente, fue oscuro, y en el despejado cielo destacaron miles de estrellas, que ella podía ver, por estar algo alejada de la fogata.

—Eh, chica, muchacha —dijo Clayton—, ven a comer algo.

Ernestine lo miró y eso fue todo. Clayton encogió los hombros. La noche comenzaba a refrescar, así que los cuatro forajidos se sentaron alrededor del fuego, y comenzaron a comer, haciendo mucho ruido. Ernestine olió al tocino, pero eso no estimuló en absoluto su apetito.

Había comprendido ya claramente la suerte que le esperaba. Y todo, porque el hombre llamado Turner al parecer solía buscar mujeres cuando hacían un asalto, y se llevaba la que más le gustaba. Ernestine sabía que era bonita, y naturalmente siempre se había sentido satisfecha de ello..., pero ya no. ¡Ojalá hubiese sido como una de aquellas mujeres gordas y bigotudas que había visto en el tren! Oh, pero entonces... no habría tenido la menor esperanza de gustarle ni siquiera un poquito al señor Marlowe, claro.

Miró a los cuatro forajidos, y se estremeció. Incluso mostrándose antipático, y estando sin afeitar y desgredado, el señor Marlowe era tan diferente a aquellos hombres... ¡Tan diferente! Pero el señor Marlowe no había podido hacer nada. Y ahora debía estar siguiendo su viaje hacia Tejas.

Ernestine recordó el primer momento en que vio a Chase Marlowe, desde el andén, a través del sucio cristal de la ventanilla. En realidad, sólo había visto unas rubias greñas bajo el sombrero, y, en un extremo de éste, la sólida y saliente barbilla que le pareció de roca. Le gustó tanto que subió a aquel vagón, y se sentó sin titubeo alguno frente al desconocido, que dormía con las manos sobre el vientre, entrecruzados los dedos.

¡Qué manos tan grandes y fuertes, y hermosas! Su tamaño era el doble que las suyas... ¡por lo menos! Enseguida tuvo el deseo de tocarlas, pero no se atrevió... Pero había sido muy lista, utilizando el pretexto de aprender a



liar cigarrillos para tocarlas. Claro que eran unas manos bastante ásperas, pero...

—¿Quiere café o no?

Ernestine respingó, y su absorta mirada recobró las visiones de la presente realidad. Clayton estaba ante ella, ofreciéndole un pote de hojalata, humeante.

—No... Gracias, no —murmuró Ernestine.

—¿Qué demonios le pasa? ¿Cree que va a poder pasar días y días sin comer ni beber? ¡Pues pronto se convencerá de lo contrario, cariño!

Ella no contestó. Clayton volvió ante la fogata. Tomaron café los cuatro, encendieron cigarrillos... El olor del tabaco le recordó de nuevo a Chase Marlowe. ¡Cómo se había enfadado porque le había comprado tres cigarros! Tenía un mal genio increíble, desde luego. Y sus ojos eran amedrentadores. Al verlos por primera vez Ernestine había pensado que eran de acero. ¡Qué tontería, de acero! Pero sí eran duros... Bueno, aunque en algún momento le había parecido observar en ellos un destello... diferente. Como amable. O casi amable. Sí, casi amable.

Oyó las, risas, y de nuevo volvió a la realidad. Los cuatro salteadores estaban pasándose una botella, bebían, decían cosas que no podía entender, y reían. Los dos que, le daban frente la miraban, y los que estaban de espaldas a ella volvían la cabeza con frecuencia.

Ernestine comenzaba a tener frío, y pensó en acercarse a la fogata, pero desistió enseguida. Cuanto más lejos estuviera de ellos, mejor. Quizá cuando se durmiesen pudiera escapar. Sí, quizá...

—¿Y *whisky*? —preguntó de pronto Clayton, vuelto hacia ella—. ¿Te apetece un trago de *whisky*, cariño mío?

Ernestine movió negativamente la cabeza. Sonaron más risas. Clayton se puso en pie, se acercó, se detuvo ante ella botella en mano, y eructó.

—Salud —se dijo a sí mismo, sonriendo—. Ya ves lo bien que sienta el *whisky*. Anda, bebe un trago, encanto.

—No, gracias —murmuró Ernestine.

—No, gracias —repitió con voz engolada Clayton—. ¡Qué educada eres! Pero lo que me gustaría saber es si también eres virgen.

—No vuelvas con eso, Clayton —le llegó la voz de Mills—. Acuérdate de Turner.

—¡A la mierda con Turner! —gritó Clayton—. ¿Por qué tenemos que reservarla para él? ¡Hay muchas mujeres en todas partes, y no entiendo por qué nosotros tenemos que estar varios días con esta preciosidad sólo mirándola!

—Eso tampoco está mal pensado —rió Spellman.

—Podríamos tirarnos a la chica, y luego, buscarle otra a Turner —deslizó Clayton—. ¡Total! Todas las mujeres son iguales, ¿no es cierto?

—Todas, no —rió Webber—. ¡Tendrías que haber conocido a mi suegra! Era tan fea, tan fea, que un día me encontré pensando que mi mujer, que se le parecía mucho, acabaría siendo como su madre, así que... estrangulé a la vieja y me marché.

—¿Y qué pasó con tu mujer?

—La tiré al pozo —Webber se rascó la nuca—. Me pregunto si todavía sigue allá dentro o consiguió salir.

—Menuda mala leche tienes —rió Mills.

Clayton también rió, bebió un trago de la botella, y acto seguido la tendió hacia Ernestine.

—Vamos, bebe un trago, guapa. Se te pasará el frío.

—Ya... ya le he dicho que no, gracias...

—¡Pues yo digo que vas a beber, y vas a beber! —barbotó Clayton.

Se inclinó, asió con la mano libre a Ernestine por la ropa del pecho, y dio un fuerte tirón para ponerla en pie. Ésa era, al menos y de momento, la intención de Clayton: poner en pie a la muchacha, meterle el gollete de la botella en la boca, y obligarla a beber, para reír todos un poco.

Pero, el vestido de Ernestine, aunque bien cuidado, era realmente bastante viejo, y la ropa se rasgó con toda facilidad, como si hubiera sido simple papel. Ernestine lanzó un grito, se encogió, y cruzó los brazos ante el pecho. Clayton se quedó con el trozo de tela en las manos, desconcertado un instante. Luego, miró la blancura de la carne femenina por entre los brazos cruzados. La expresión de su rostro se transformó. Los otros tres habían quedado silenciosos completamente, de pronto.

—Qué blanca eres... —jadeó Clayton.

Tiró la botella y el trozo de tela, se inclinó, asió la ropa por otro lado, y tiró con fuerza, arrancando otro pedazo y haciendo rodar por el suelo a Ernestine debido al tirón. Clayton la asió por los cabellos, pero ella intentó la huida, y lo único que consiguió Clayton fue quedarse con el sombrerito de puntillas en la mano.

Ernestine retrocedía, sentada en el suelo, desorbitados los ojos. Mills, Spellman y Webber se pusieron en pie, y se acercaron, en silencio, relucientes los ojos. La mirada de la muchacha saltaba despavorida de uno a otro rostro.

—No —gimió—. No, no, por favor... ¡No!

—Vamos a desnudarla completamente —susurró Spellman.

Ernestine se puso en pie rápidamente, y echó a correr hacia los caballos, sorprendiendo por un momento a los cuatro forajidos. Intentó montar en uno, resbaló sobre el fino pelaje del animal desensillado, y se produjo una pequeña estampida equina.

—¡Maldita seas! —aulló Clayton... ¡Ahora vas a ver!

Los cuatro hombres se abalanzaron sobre Ernestine, y sus manos comenzaron a arrancarle la ropa a zarpazos. Ernestine gritaba como enloquecida mientras intentaba salir del círculo masculino, pero era imposible.

Ocho manos arrancaban su ropa por todos lados, la tocaban, la apretaban... En medio minuto, toda la ropa de la parte superior había desaparecido, y la falda colgaba desgarrada por un lado. El rojo resplandor del fuego se reflejaba en los rostros de los hombres, y en el blanco torso de la muchacha, que gritaba y lloraba desesperadamente.

La falda fue finalmente arrancada del todo, y pocos segundos después le seguía la ropa interior... Ante aquella completa visión de la belleza femenina, Clayton lanzó un rugido, se lanzó sobre ella, y la rodeó brutalmente con sus brazos.

—¡Extended una manta! —jadeó—. ¡Spellman, tú reúne los caballos, Juego te tocará a ti!

Mascullando imprecaciones, Spellman, tan soliviantado como sus compañeros, se dispuso a obedecer. Mills trajo dos de las mantas de los caballos, y Webber le ayudó a extenderlas en el suelo, mientras Clayton intentaba besar la boca de Ernestine y sólo conseguía, poner sus babeantes labios en el cuello, rostro y hombros de la muchacha...

—¡Clayton, ya está! —gruñó Mills.

Clayton se echó sobre las mantas, arrastrando a Ernestine, que se debatía con la fuerza de la histeria, arañaba el rostro de Clayton, intentaba hundir los dedos en sus ojos... Era un enloquecimiento total por parte de Ernestine Colby.

—Ahora... verás —jadeaba Clayton—. ¡Pronto sabremos si eres virgen! ¡Ayudadme a sujetarla, idiotas!

Mills y Webber se dejaron caer de rodillas, uno a cada lado de Ernestine, y cada uno la sujetó por un brazo, mientras Clayton conseguía aplastar con su corpachón el delicado cuerpo femenino.

—Vas a ver... lo que... es bueno...

Unos veinte metros más allá, Spellman lo estaba oyendo todo mientras maldecía a los caballos, acercándose a uno que se había detenido junto a unas

polvorientas matas. Caminando despacio para no asustar al animal, llegó junto a éste, y tendió la mano hacia las bridas... Por un instante, tuvo la vaga visión de una sombra que se desplazaba hacia él desde las matas. De pronto, la sombra se agigantó, se irguió ante, él, y algo relució un instante en la oscuridad, con una tonalidad roja de fuego.

Un instante más tarde, la bruñida culata del viejo rifle caía sobre la frente de Spellman, que crujió como una rama seca, se hundió, y algunas astillas del cráneo se incrustaron en el cerebro, matándolo en el acto.

Sin un solo gemido, Spellman se derrumbó, mientras el caballo, asustado de nuevo, se alejaba con ágil trote.

Chase Marlowe pasó por encima del cadáver de Spellman, y corrió hacia el grupo que, cerca de un árbol, formaban la bárbara escena. En la confusión, del grupo destacaba, a la izquierda, uno de los hombres arrodillados, sujetando un blanco brazo. Los gritos de Ernestine hendían el aire, parecían romper los tímpanos de Chase, pero éste, lívido, apuntó serenamente a Mills, y disparó.

El disparo de rifle retumbó como un cañonazo en la noche. Mills recibió el plomo en el centro del pecho, y saltó hacia atrás como arrancado del suelo por un ciclón... Al otro lado de Ernestine, Webber lanzó una exclamación, se puso en pie de un salto, y llevó la mano al revólver.

Para entonces, Chase había dejado ya caer el viejo rifle de un solo tiro, y su mano, había desenfundado velozmente el revólver. Los dos disparos retumbaron prácticamente como uno solo. Una bala alcanzó a Webber en el ojo derecho, y otra en la garganta, derribándolo salpicando de sangre a todos lados.

Clayton estaba tan ofuscado que tardó un segundo de más en captar la inesperada situación, poniéndose en pie velozmente y sacando el revólver mientras miraba con expresión enloquecida a todos lados.

En el momento en que vio a Chase Marlowe, éste volvió a disparar.

Clayton soltó el revólver como si quemara; se llevó las manos al pecho mientras retrocedía un paso, se miró las manos biqueando, y cayó de espaldas junto a Ernestine, que lanzó otro grito de espanto, ocultó el rostro con las manos, y se encogió, quedando de costado, hecha un ovillo, llorando histéricamente.

Y su llanto fue lo único que se oyó en el páramo durante los diez o doce segundos siguientes. Luego, tras enfundar el revólver después de esperar en vano una reacción, cualquier movimiento por parte de Clayton, Chase Marlowe se acercó a Ernestine, arrastró hacia un lado el cadáver de Clayton, y

tomando un extremo de las mantas lo alzó, para tapar con éstas a Ernestine que gritó una vez más y volvió el rostro hacia él, mostrando todo su espanto..., que desapareció de pronto al ver el rostro de Chase, Marlowe.

Al instante siguiente, éste tenía abrazada a su cuello a la muchacha, que lloraba y tartamudeaba, aferrándose a Chase con una fuerza inaudita, casi derribándolo. Chase no tuvo más remedio que ponerse en pie para evitar rodar por el suelo, pero no consiguió desprenderse de Ernestine, que seguía más que abrazada, soldada a su cuello...

—Bueno, bueno —susurró Chase dulcemente, acariciando la espalda de la muchacha, y retirando la mano vivamente al notar la carne—. Tranquilícese, señorita Colby. Ya pasó. Cálmese.

Ella se apretó con más fuerza a él, sin dejar de tartamudear. Chase se resignó, la abrazó por la cintura, y acarició sus largos cabellos rubios, ahora sueltos... No muy lejos de allí uno de los caballos relincho. Ernestine se estremeció, y alzó el rostro.

—Dios mío —sollozó—. Dios mío...

—Ya no tiene que preocuparse —murmuró Chase—. Y será mejor que se abrigue.

Ella se soltó de su cuello, sin dejar de mirarlo hasta que, de pronto, bajó la mirada hacia su desnudo cuerpo. Instintivamente, se encogió un poco, y cruzó los brazos ante el pecho. Chase recogió una de las mantas, y envolvió con ella a Ernestine. Luego la llevó ante, la fogata.

—Será mejor que se quede aquí —recomendó—. Y no mire a ninguna parte, sólo al fuego.

—¿Los... los ha... los ha...?

—Creo que a todos. No se mueva de aquí.

Ernestine cerró los ojos, y quedó inmóvil. Oyó las pisadas de Chase Marlowe alejándose. Al poco oyó otro relincho. Estuvo con los ojos cerrados un par de minutos. Cuando los abrió, vio al otro lado de la fogata a Marlowe, acercándose llevando un caballo por las bridas. La muchacha pudo ver, a la luz del fuego, que los cuatro cascotes del animal estaban envueltos con trozos de manta... Chase desapareció de su ángulo visual, y ella volvió a mirar el fuego.

Le estuvo oyendo moverse, y supo que arrastraba cosas pesadas, alejándolas de la sencilla acampada. Comprendió que él estaba retirando los cadáveres de donde ella pudiera verlos. Poco después, Chase había conseguido reunir los caballos de los forajidos, que trabó con el suyo.

Y finalmente, Chase fue a sentarse frente a Ernestine, al otro lado del fuego...

—Ninguno de ellos era el que me quitó la espuela... Vamos a ver si queda café.

## CAPÍTULO V

Ernestine se quedó mirando estupefacta a Chase.

—¿La espuela? —susurró—. ¿Quiere... decir que ha seguido a estos hombres para recuperar una... espuela?

—Era de oro —sonrió Chase—. Vaya, pues sí queda café. Y hasta tenemos un poco de *whisky*. ¿Qué prefiere?

Mostró en una mano la botella de *whisky* que había encontrado allí mismo, y en la otra la cafetera abollada y sucia. Ernestine no conseguía apartar los ojos de él.

—Dios, ha... ha matado usted cuatro... cuatro hombres, señor Marlowe.

—¿Habría preferido que no lo hiciera?

Ernestine se estremeció. Chase le tendió uno de los potes de café de los forajidos, pero ella negó con un gesto. Chase se bebió el café, impávido. Luego, sacó uno de los cigarros que Ernestine le había comprado, lo mordió, y lo encendió con uno de los tizones.

—No están mal estos cigarros. Gracias, señorita Colby. Bueno, espero que esté usted bien; al menos físicamente. El susto le durará bastante tiempo, me temo. ¿Se encuentra bien?

—Si se refiere a... Sí, sí, estoy bien, pero... pe-pero si usted llega a tardar un... un solo minuto más me... me habría... me habría...

—Olvídelo. ¿Le traigo otra manta?

—No... Gracias, ahora estoy... mucho mejor.

—Lo celebro... Bueno, temía tener que enfrentarme a ocho hombres, y sólo había cuatro. ¿Cómo ha sido eso?

—Cuatro de ellos se separaron una hora después de... del asalto.

—¿Por qué? —se sorprendió Chase—. ¿Y adónde fueron?

—No lo sé. Sólo oí que tenían... que terminar el asunto.

—¿Terminar el asunto? No comprendo. ¿Qué asunto?

—No lo sé.

—He encontrado el botín del tren en dos de las alforjas de esos sujetos —murmuró Chase—, de modo que lo devolveremos. Pero me sorprende mucho

que se dividieran en dos grupos... Bueno, debían tener muy buenas razones para hacerlo, sin duda. ¿Seguro que no oyó nada que pueda ayudarme a encontrar a los otros cuatro?

—No. Sé que tenían, que reunirse todos en las Mohawk Mountains dentro de unos días, cuando terminaran este asunto. Y hablaron de ir a un sitio llamado Ajo a comprar *whisky*.

—Bueno, ya los encontraré.

—¿Piensa buscarlos? ¿Por una espuela de oro?

—Es mía —dijo Chase, alcanzando la botella de *whisky*.

—¿Y ha perseguido a ocho criminales... para recuperar una espuela?

—Pensé que de paso quizá podría hacer algo por usted. Y creo haberlo hecho. ¿Le parece que estamos en paz por los cigarros?

—¡Usted no puede estar hablando en serio!

—Cálmese —casi sonrió Chase—. Se ha serenado muy pronto, y ahora se está portando como una chica valiente. Por lo demás, no se complique la vida. Y por la mañana, partiremos hacia Casa Grande.

—Me... me estaban esperando hoy.

—Bueno, así son las cosas por estas tierras —movió la cabeza el tejano—. Pero más vale llegar tarde que nunca, ¿no cree?

—Estarán tan preocupados...

—Quizá piensen que llegará usted en otro tren.

—No... Les telegrafíé hace días diciéndoles que tomaría ese tren... ¡Qué disgusto van a tener!

—Sí —asintió Chase—, porque se enterarán de que el tren ha sido asaltado, y de que usted fue secuestrada... Inconvenientes de ser tan bonita, señorita Colby. Pero luego me fijé, en el resto de los pasajeros, en Sentinel, y vi que había otras mujeres que tampoco estaban mal. Me pregunto por qué siendo ocho hombres se llevaron solamente una mujer. Y me pregunto por qué se separaron. Me di cuenta enseguida siguiendo las huellas, claro, pero pensé que la separación era por unas pocas horas, para desconcertar a posibles perseguidores. Tuvo usted suerte de que eligiera seguir este grupo.

—Sí, es verdad... ¿Por qué lo eligió? ¡Ha sido una gran suerte para mí, desde luego! ¿Tuvo usted una corazonada?

Chase la miró con irónica amabilidad.

—Más o menos —replicó—. Digamos que me pareció que uno de los caballos de un grupo dejaba más marcadas sus huellas en una zona arenosa. Se me ocurrió que llevaba más carga de la normal, y como no vi que ninguno de esos tipos fuese gordo... ¿De verdad no quiere un poco de café?



—No podría tragar nada ahora, señor Marlowe.

—Lo comprendo. Bueno, será mejor que durmamos.

Tenemos que salir a la madrugada hacia Sentinel. Dejé allí nuestras cosas... Todo lo que tenemos en el mundo.

—¿Bajó usted mi equipaje del tren? —se sorprendió ella.

—Claro.

—¿Quiere decir que estaba seguro de que me encontraría?

—Por supuesto. Pero no me di mucha prisa, pues sabía que no intentarían nada contra usted hasta que acampasen. Para entonces ya los tenía más que localizados..., y esperé el momento oportuno, es decir, cuando estuviesen... muy ocupados.

—¿Sabía usted que lo... intentarían, y esperó? —gritó Ernestine.

—De lo contrario no habría sido tan fácil enfrentarse a cuatro hombres como éstos, señorita Colby. O podrían haberme matado a mí, o la habrían matado a usted al verse en peligro. Era mejor sorprenderlos... en el momento adecuado.

—Tuvo que necesitar usted mucha frialdad para hacer eso —murmuró Ernestine.

—Estoy acostumbrado.

—Acostumbrado... ¿a qué? ¿Qué quiere decir?

—Estoy acostumbrado a perseguir hombres.

—¿Y persiguió a uno hasta California?

—Así es —Chase la miró fijamente—. Es usted muy observadora.

—Fue un camino muy largo, desde Tejas a California, para matar a un hombre, señor Marlowe.

—Tenía que hacerlo. El sujeto en cuestión lo merecía. No sólo por lo que hizo en Tejas, sino porque tarde o temprano habría vuelto a las andadas. Estoy seguro de que he evitado que algún inocente tuviera dificultades en el futuro.

—¿Qué hizo ese hombre en Tejas?

Chase Marlowe se quedó mirando el cigarro que tenía entre los dedos. Su rostro aparecía rojo al resplandor del fuego.

—Yo tenía en Tejas un amigo llamado Daniel Ringle —dijo de pronto con voz queda—. Era un excelente muchacho. Y un tirador rápido y certero. Debe hacer ahora unos cinco años que Dan se alistó en los Rurales de Texas. Nos hicimos muy amigos. Íbamos... siempre juntos a todas partes; siempre que era posible, claro. Conocimos al mismo tiempo a una chica preciosa. Era pelirroja, y se llamaba Elsa. Tenía los ojos verdes y muy grandes. Daniel y yo

nos enamoramos de ella, y estuvimos un tiempo cortejándola. Eso fue en Santone. Bueno, ella eligió a Daniel, y se casaron...

—¿Y usted y Daniel dejaron de ser amigos?

—¿Ése es el concepto que tiene usted de mí? —la miró Chase.

—Bueno...

—Lo que pasó fue que Daniel compró una casita fuera de Santone, con algo de tierra. Dijo que puesto que se había casado, quizá estaba llegando el momento de retirarse de los Rurales, aunque fuese al cabo de unos pocos años. Quería comprar unas vacas... Todo, eso. Daniel y yo ya no nos veíamos tanto, porque él había dejado de vivir en el cuartel, así que...

—¿Usted vivía en el cuartel de los Rurales de Texas?

—Claro.

—¿Quiere decir que es usted rural? —exclamó Ernestine.

—Lo fui. Como le decía, Daniel y yo ya no nos veíamos tanto, ni salíamos tantas veces juntos para llevar a cabo alguna misión. Un día —Chase se pasó la lengua por los labios—. Un día me encontré en Ja calle Mayor de Santone a Elsa y Daniel. Me; dijeron que iban en mi busca para demostrarme su afecto. Los dos creían que yo estaba resentido con ellos, y para demostrarme que ellos no lo estaban conmigo, me... regalaron una espuela hecha con una moneda de oro mejicana que Daniel siempre había conservado como... amuleto. Decía que le daba buena suerte.

—De modo que ésa espuela...

—Sí. La idea fue de Elsa. Ella dijo... que lo hacían para que yo también tuviera suerte algún día. Insistieron en que los visitara a menudo en su casa, y así lo hice a partir de entonces. Una noche, cuando llegué, los... encontré muertos. Daniel tenía cuatro balazos en la espalda. Elsa había sido violada, y luego... estrangulada.

—Dios mío.

—Encontré las huellas de tres jinetes frente a la casa, y las seguí, después de arreglar... las cosas allí. Las perdí varias veces, pero finalmente las recuperé. Bueno, sólo dos. Sería muy largo de contar todo eso, así que diré que, simplemente, encontré a dos de los tres hombres que lo habían hecho. Los localicé en un pueblo. Esperé a que salieran del pueblo, y los seguí. Me las arreglé para sorprenderlos, los dominé, y les quité las armas. Les pregunté dónde estaba el otro y quién era. Se rieron de mí. Entonces, linché a uno de ellos delante del otro...

—¡No!

—Ya lo creo que sí. Y en cuanto el otro vio a su compañero linchado ante sus ojos, me dijo quién era el tercer hombre: se llamaba Gilles Denton. Daniel me había hablado algunas veces de él. Denton era un canalla al que él había apresado hacía tiempo. Bueno, Denton no olvidó eso, y en cuanto pudo buscó a Daniel, y se vengó. De modo que yo linché a aquel tipo, y al otro lo entregué a los Rurales. Naturalmente, en cuanto supieron quién había matado a Dan y a Elsa, ofrecieron una recompensa por el asesino, pero a mí me expulsaron de los Rurales. Era lógico: un rural no podía andar por ahí linchando gente. En realidad, salí bien librado. Me conformé con eso, y me dediqué exclusivamente a buscar a Gilles Denton. Lo estuve rastreando durante meses, hasta que al fin lo localicé en California, donde se hacía llamar Jeremy Barclay. Esperé el momento oportuno, lo maté delante de todo el pueblo, y les dejé el pasquín, para que supiesen todos a quién habían aceptado como vecino y amigo. Acto seguido, simplemente, emprendí el regreso a Tejas.

—Y no está dispuesto a perder su espuela de oro.

—No.

—¿Por qué es un recuerdo de Elsa?

—De los dos —la miró Chase fijamente—: de Daniel y Elsa. Los dos me desearon suerte con ésa espuela, y no quiero perderla.

—¿Realmente espera que le dé suerte?

—Ha demostrado ser eficaz en eso. Pero de cualquier modo, unos cuantos granujas no se van a quedar mi espuela. Y luego, hay otra cosa...

—¿Qué cosa?

Chase quedó pensativo. Seguramente, estaba exagerando en sus suposiciones, y si le decía a Ernestine lo que pensaba ella opinaría sin la menor duda que él estaba loco. Pero la idea estaba allí, en su mente, y no pensaba abandonarla. Aunque sin decirle nada a Ernestine, desde luego.

—Será mejor que durmamos —eludió la respuesta—. Le prepararé un par de mantas cerca del fuego. Bueno, espero que esté ya completamente calmada.

—Sí. Usted ha hablado tanto de todas esas cosas precisamente para distraerme, ¿verdad, señor. Marlowe?

—Es usted muy inteligente, señorita Colby.

Chase Marlowe preparó con dos mantas la “cama” para la muchacha, y la ayudó a acomodarse en ella, evitando mirar la carne femenina cada vez que, con un gesto, la manta en que se envolvía Ernestine se abría. Cuando ella estuvo bien acomodada, Chase se envolvió en la manta que quedaba, y se

tendió cerca de Ernestine, con los pies hacia el fuego, que se iba consumiendo lentamente.

El silencio era ahora total. Tendido cara a las estrellas, Chase volvió a pensar en la idea que había tenido respecto al comportamiento de los ocho forajidos. ¿Por qué no? Si, había bastantes mujeres en el tren, y aunque ninguna era tan bonita como la señorita Colby, ocho tipos como aquéllos no tenían por qué llevársela sólo a ella. En realidad, ahora que recordaba bien, el tal Turner había ido directo a Ernestine en cuanto la vio..., como si buscara a alguien que sabía más o menos cómo era y creyera haber encontrado a esa persona. Y además, había querido saber cómo se llamaba la muchacha...

—Señor Marlowe...

Chase volvió la cabeza hacia Ernestine, y la vio vuelta de costado hacia él, mirándole con sus grandes ojos muy abiertos.

—Diga, señorita Colby.

—¿De verdad le parezco... bonita?

—Sí.

Ella parpadeó. Chase cerró los ojos. Temía y esperaba la pregunta que seguiría. Sí, ella, Ernestine, preguntaría ahora: ¿más que Elsa?

Pero Ernestine Colby sólo dijo.

—Gracias. Y buenas noches.

\* \* \*

—Buenos días, señorita Colby.

Ernestine se movió, parpadeó, acabó de abrir los ojos, y vio una sombra inclinada ante ella, y, más arriba, las estrellas. Se sentó de un salto, lanzando una exclamación..., y casi al mismo tiempo lo recordaba todo y captaba la situación con exactitud: él la había despertado, eso era todo.

Y ella, ahora, estaba sentada sobre las mantas ante él. Y la manta con la que había estado envuelta se había deslizado hacia abajo, y mostraba todo el torso desnudo. Chase miraba sus pechos, y Ernestine hizo lo mismo. Los vio como teñidos de rojo, debido al resplandor del fuego que había a un lado de Chase Marlowe.

—Buenos días, señor Marlowe.

—Voy a preparar café y algo para desayunar. Esa gente tenía de todo... Espero que esta mañana sí tenga apetito.

—¡Pero si aún es de noche!

—Dentro de pocos minutos será de día. Y si mira hacia allá —señaló hacia el Este— verá salir el sol. No se lo pierda. Tenga, póngase estas ropas, de momento. Son de uno de ellos, pero servirán hasta que lleguemos a Sentinel.

—¿Están... están...?

—No, éstas no están manchadas de sangre. A uno le partí la cabeza. Póngaselas.

Ernestine las tomó, separó la camisa, y comenzó a ponerla, mientras Chase contemplaba la dulce vibración de los preciosos senos blancos y firmes...

—¿Por qué me mira así? —murmuró Ernestine.

—Me preguntaba si se sentía molesta por ello.

—No. No me molesta que usted me mire.

—Prepararé el desayuno.

Cuando terminaron de desayunar ya era completamente de día, en efecto. Un sol rojo anunciaba un día de intenso calor en los páramos. Chase había apagado el fuego, ensillado todos los caballos, y recogido todas las cosas, tanto suyas como de los cuatro forajidos muertos.

Ernestine estaba graciosamente estrafalaria con las ropas de Spellman. Chase le tendió uno de los sombreros, y ella protestó:

—¡Oh, no! ¡Me vendrá muy grande!

—Dentro de un par de horas no se podrá ir sin sombrero. Póngaselo.

—Está bien. Pero me gustaría... recuperar el mío.

Chase lo encontró, y se lo entregó. Ernestine lo miró, vaciló, y no tuvo más remedio que aceptar la verdad.

—Es ridículo para cabalgar.

—Por supuesto.

Ernestine recogió sus cabellos, que relucían como oro al sol, y se colocó el sombrero. Los cabellos, amontonados sobre la cabeza, impidieron que el sombrero le bajara hasta las orejas, pero el resultado no podía ser más cómico. Un enorme sombrero, camisa y pantalones de hombre, y botines... Graciosísimo.

—Menos mal que en Sentinel podré ponerme otro de mis vestidos. Y enviaré un telegrama a mis primos diciéndoles que llegaré en el próximo tren...

—Quizá no sea una buena idea.

—¿Cómo que no? ¡Deben estar preocupadísimos por mí...! Ya se habrán enterado de lo sucedido, y si están temiendo que esté muerta, o... o algo así,

creo que debo tranquilizarlos. ¿No podría Bajar del tren en Casa Grande, señor Marlowe? Estaría... como invitado unos días, y...

—Me parece que no voy a tomar el tren.

Ernestine palideció. Y de pronto, miró los caballos.

—¿Va a seguir a caballo hacia Tejas? —murmuró.

—En realidad, estoy pensando en seguir las huellas de los otros cuatro asaltantes del tren.

—¿Quiere decir que va a dejarme seguir sola en un momento dado hacia Sentinel, para que devuelva el caballo y el rifle al hombre llamado Bascomb, y recupere mis cosas... mientras usted se va por otro lado? Eso podría significar... que ya no nos veríamos más, ¿verdad?

—Lo que estoy pensando es que lo mejor que podría usted hacer es seguir conmigo, señorita Colby.

—¡Oh, sí! —se iluminaron los ojos de Ernestine—. ¡Acepto!

—Magnífico —sonrió a medias Chase.

—A mí... también me parece magnífico —susurró Ernestine, abrazándose impetuosamente a Chase—. ¿Cuánto crees que tardaremos en llegar a Tejas, yendo a caballo?

—¿A Tejas?

—¡Claro!

—No vamos a Tejas.

—Pe-pero tú has dicho... ¡Has dicho que lo mejor que podía hacer es seguir contigo!

—Pero no hasta Tejas —gruñó Chase—. Iremos hasta Casa Grande, y allí te dejaré, en lugar seguro.

—¡Para ir a Casa Grande puedo ir en tren! —protestó ella—. ¿Y qué has querido decir en lugar seguro?

—Será mejor que no te separes de mí.

—¿En qué quedamos? —se apartó Ernestine, sonrojada—. ¿Me llevas contigo o no me llevas, contigo?

—Estarás conmigo hasta que puedas hacerte cargo de tu mina, simplemente.

—¡Yo no quiero una mina!

—¿No? ¿Cuántas quieres? ¿Dos? ¿Todas?

—¡Oh, Chase, no me entiendes..., ni yo te entiendo a ti! ¿Vamos a seguir juntos o no?

—Por el momento, sí.

Ernestine aspiró hondo, bajó la mirada, y susurró:

—Está bien. Como tú quieras.

Chase asintió, ayudó a Ernestine a montar en uno de los caballos, y él lo hizo en otro.

—Estoy seguro de que encontraré fácilmente el rastro de los otros cuatro. ¿Vamos?

—Pero... ¿no vas a enterrar a esos cuatro hombres?

—No.

—¡Chase, no puedes hacer eso!

—¿Por qué no?

—¡Se los comerán los buitres, o los coyotes...!

—Y si los entierro se los comerán los gusanos. ¿Qué más da? No pienso perder tiempo ni energías enterrando a cuatro criminales, Ernestine. Vámonos. Y no tengas reparo en avisarme cuando te sientas cansada de cabalgar:

—¡Sé montar a caballo!

—Ya —asintió Chase—. Pero yo he dicho cabalgar.

Apenas comenzaron a alejarse de allí, aparecieron los primeros buitres, describiendo altos y amplísimos círculos sobre el grandioso festín que veían allá abajo.

## CAPÍTULO VI

Dos días más tarde, a media mañana, Chase Marlowe llegaba a Casa Grande, a caballo y solo. Torció el gesto apenas enfilar la calle principal, pues aunque había visto algunas minas antes de entrar en la población, esperaba que allí no se notara tanto el ambiente minero. Y no era así.

«No me gustaría nada quedarme aquí», pensó.

Al paso de su caballo se fue adentrando hacia el centro de Casa Grande, donde había una amplia plaza en la que, entré otros edificios importantes, estaba el Ayuntamiento, la oficina del *sheriff*, y la estafeta de Correos y Telégrafos. En el centro de la plaza había un retorcido roble áspero y gigantesco, que trajo otro pensamiento a la mente del tejano:

«Buen árbol para ahorcar a alguien».

Un poco antes de llegar a la plaza se inclinó en la silla hacia un hombre que fumaba plácidamente su pipa sentado en el último escalón de un porche.

—Oiga, por favor, ¿podría decirme dónde vive el notario señor Palmer?

—Claro que sí, forastero. Sí podría.

Chase se quedó mirándolo amablemente, pero el hombre se limitó a continuar fumando su pipa. El tejano frunció el ceño.

—Bien, ¿dónde vive? —inquirió.

—Ah, ¿quiere que se lo diga?

—Se lo agradecería mucho.

—Bueno, vive en la plaza. Llegue allá, pregunte de nuevo y le señalarán la casa. Aunque no tiene pérdida: es la que tiene la puerta blanca y unas grandes macetas en el porche... Hermosa casa, sí señor.

—Se lo agradezco mucho.

El hombre chupó nuevamente de su pipa, y cuando Chase estaba ya siete u ocho metros lejos, expelió el humo y dijo.

—No hay de qué.

En efecto, la casa no tenía pérdida. Chase la localizó enseguida: Desmontó delante, se encontró sin, barra delante, y tuvo que desplazarse unos quince metros para anudar las bridas del caballo al atamulas. Regresó a pie a



la casa, subió al amplio porche, y llamó con el artístico aro de latón que había en el centro de la puerta.

Le abrió una mujer de mediana edad, que se quedó mirándolo casi con sobresalto. Polvoriento y barbudo, Chase Marlowe no era en aquellos momentos una imagen tranquilizadora.

—Entiendo que ésta es la casa del notario señor Palmer —dijo, quitándose el sombrero—. Quisiera verlo.

—Me parece que no está en casa —murmuró la mujer—. ¿Qué desea usted?

—Es sobre la mina del señor Colby, Ernest Colby. Bueno, era la mina del señor Colby. Ahora es mía.

Un gesto de incontenible sorpresa apareció en el rostro de la mujer.

—Espere un momento, por favor —dijo rápidamente.

Cerró la puerta. La abrió apenas veinte segundos más tarde, y se apartó. Chase entró en la casa, mirando con curiosidad a todos lados. Hermosa casa, en efecto, tanto por fuera como por dentro.

—El señor Palmer le está esperando.

—Ah, gracias.

La mujer lo llevó hacia la puerta de un despacho en cuyo umbral apareció con expresión escrutadora un sujeto alto y grueso, muy bien vestido, con chaleco y una cadena de oro cruzando su amplio vientre.

—Sin duda mi criada se ha confundido —dijo el hombre—. Me ha dicho que es usted el propietario de la mina de Ernest Colby.

—Lo soy, en efecto. ¿Es usted el señor Palmer?

—Sí, sí: Elton Palmer. Bien, pase... Supongo que habrá que aclarar esto, señor... señor...

—Marlowe. Chase Marlowe.

—Bien... Siéntese, señor Marlowe.

Elton Palmer, notario de Casa Grande, había cerrado la puerta de su despacho, y, tras señalar a Chase una butaca, pasó a sentarse tras su imponente mesa de despacho. Chase, que lo miraba como desconcertado, preguntó:

—¿Qué es lo que hay que aclarar, señor Palmer?

—La propiedad de esa mina. Sepa usted que yo redacté el testamento del señor Colby, de modo que sé perfectamente a quién pertenece en la actualidad esa mina.

—¿A quién?

—A la señorita Ernestine Colby, sobrina del señor Colby.

—Exacto —asintió Chase—. A esa señorita le compré yo la mina en El Centro, California.

Elton Palmer quedó como si acabase de recibir un mazazo en la cabeza.

—¿Le compró... la mina Ernestine Colby?

—Así es, señor Palmer. T como es natural, la señorita Colby me dijo que viniera a verle precisamente a usted para hacerme cargo de la mina. Bueno, de los títulos de propiedad, y todo eso, ya sabe usted.

—Sí, sí... Pero... Bueno, señor Marlowe, eso de que venga usted aquí a presentarse tan campante como propietario de una mina que según mis documentos pertenece a otra persona...

—Como es lógico, traigo un documento de venta que la propia señorita Colby redactó y firmó. ¿Quiere usted verlo?

—¡Naturalmente!

Chase Marlowe sacó de un bolsillo de su cazadora un sobre un tanto sobado ya, y del sobre un papel doblado en cuatro, que tendió al notario por encima de la mesa. Elton Palmer se apresuró a tomar el papel y leer lo escrito. Cuando terminó, su gesto era de incredulidad y abatimiento.

—¿Algo no está bien, señor Palmer? —preguntó Chase.

—No. Todo parece estar bien. La señorita Colby me escribió una carta hace días, y recuerdo que ésta es su letra y su firma, aunque... Bueno, si no le molesta a usted, señor Marlowe, quisiera... asegurarme de eso.

—No me molesta en absoluto. Es más, me satisface que sea usted tan eficiente y escrupuloso, señor Palmer, de veras.

—Gracias. Bien...; vamos a ver...

Palmer se puso en pie, se acercó a un fichero, y tiró de un cajón. En un minuto, la autenticidad de la letra y firma de Ernestine Colby habían sido comprobadas. Palmer volvió a su asiento, y depositó el documento de venta ante él. Pero, despacio y con gesto amable, Chase Marlowe se acercó más a la mesa, recuperó el documento, lo metió en el sobre y se guardó éste.

—Yo diría —sonrió— que todo está bien, señor Palmer.

—Sí... Sí, sí.

—En ese caso, espero de su amabilidad que redacte los documentos necesarios a mi nombre, p que me diga lo que tengo que hacer. Perdone si le estoy molestando, pero no se me ocurrió a quién más podía recurrir.

—Habrà que ir al registro, claro. Pero ha hecho usted bien en venir aquí, señor Marlowe. Naturalmente, si lo desea yo puedo encargarme de todo, y avisarle cuando se tenga que proceder al cambio de nombre y demás formalidades.

—Se lo agradezco muchísimo. Mientras tanto, yo descansaré, y me arreglaré un poco, porque mucho me temo que parezco un vagabundo.

—No debe serlo, cuando ha pagado veinte mil dólares por una mina, señor Marlowe.

—Es verdad —sonrió Chase—. A veces, las apariencias engañan, ¿verdad? He visto al pasar un hotel con muy buen aspecto, el Cholla, creo que se llama. Puede usted avisarme allí cuando necesite mi intervención en esas formalidades. ¿Le parece bien?

—Sí, claro.

—En ese caso, no le entretengo más. Estoy deseando darme un baño, cortarme el pelo, afeitarme... Ya verá como cuando nos volvamos a ver le pareceré otro, señor Palmer.

\* \* \*

—¿Señor Marlowe?

Chase, metido en la bañera de la casa de baños ubicada en la parte de atrás de la barbería, se quedó mirando inexpresivamente al hombre que le había interpelado. Alto, seco, fuerte, de mirada oscura y penetrante..., y con una estrella de cinco puntas prendida en el chaleco. El hombre había entrado en el compartimento sin ceremonia alguna, se había plantado ante él, y tras la pregunta, lo miraba fijamente.

—Chase Marlowe, si —dijo éste.

—Soy Duncan Ness, *sheriff* de Casa Grande, señor Marlowe. Entiendo que usted es el nuevo propietario de la mina de Ernest Colby.

—En efecto. Y el señor Palmer ya ha comprobado eso. ¿Le ha enviado él porque quizá olvidó algún detalle?

Duncan Ness entornó un instante los párpados. Luego, miró alrededor, vio el cinto con el revólver de Chase colgado en la percha de pared, y volvió a mirar a Chase.

—Es evidente —murmuró— que usted no sabe lo que le ha sucedido a la señorita Colby, señor Marlowe.

—¿A la señorita Colby? Espero que no haya sido nada malo. Es una jovencita encantadora. La dejé muy bien en El Centro... Creo que pensaba venir aquí, y francamente —sonrió—, si me estoy acicalando es por ella. Es muy bonita.

—Tal vez ya no lo sea. El tren en que la señorita Colby venía hacia aquí fue asaltado por ocho hombres, que robaron a todos los pasajeros y se la

llevaron a ella..., sin que hayamos vuelto a saber nada, más.

Chase dejó de enjabonarse, y se quedó mirando a Ness con total inexpresividad.

—Siento mucho lo ocurrido —aseguró, pausadamente—. Pero tengo la esperanza de que eso no desboque su imaginación, *sheriff*.

—¿Qué quiere decir?

—Se me ha ocurrido que tal vez usted piense que yo pude ser uno de esos ocho hombres, y que, al enterarme de que la señorita Colby tenía una mina, la obligué a redactar el documento de venta y firmarlo, y que luego la maté. ¿Quizá ha pensado usted algo así?

—Francamente, sí.

—Una cosa como ésa no se le dice a un hombre que está desarmado y desnudo..., y que tiene ante los ojos esa placa de latón. De todos modos, supongo que usted está cumpliendo con su deber.

—Así es.

—Muy bien, de acuerdo. Siga adelante, y cuando pueda probar eso que ha dicho vuelva a buscarme. A menos que sea usted de los que meten en la cárcel primero, investiga luego, y finalmente se ve obligado a pedir disculpas.

—Señor Marlowe: no salga usted de Casa Grande.

—No tengo intención de hacerlo. Tengo una mina aquí, ¿sabe?

—¿Y amigos? ¿Tiene amigos aquí?

—No. Ninguno. Bueno, la señorita Colby me habló de unos primos suyos, pero no los conozco, de momento. Espero que no tengan nada que oponer a la venta de la mina.

—El único que podría haberse opuesto murió, señor Marlowe.

—¿Ha muerto uno de los primos de la señorita Colby? No lo sabía... Ni ella tampoco, me parece. Hablaba de ellos como si todo fuese perfectamente. ¿Cuándo murió?

—Hace dos días. Para ser exactos, esta noche hará tres noches.

—Bien, lo siento. ¿Qué le ocurrió?

—Le partieron el corazón de tres cuchilladas por la espalda.

La mirada de Chase Marlowe quedó como; congelada, fija en los no menos fríos ojos del representante de la ley. Hubo un silencio tenso, un tanto prolongado, antes de que Chase murmurase:

—¿Y también piensas acusarme a mí de eso?

—Usted no ha sido visto por aquí hasta esta mañana. Además, parece que fue alguien que quería robarle. Se lo quitaron todo.

—Pudo ser un cómplice mío, ¿no?

—Tal vez.

—Sí, tal vez. Pero dígame para qué demonios podría querer yo que ese hombre muriese si ya tenía a la señorita Colby y podía conseguir de ella todo lo que quisiera..., empezando por el documento de venta de la mina.

—Eso es lo que no encaja.

—No se desanime. Seguro que encuentra el modo de complicarme la vida. ¿Cómo se llamaba el primo de la señorita Colby?

—Peter Colby. Un gran muchacho, muy inteligente... Todos quedamos muy sorprendidos cuando supimos que Ernest Colby no le había dejado la mina a él, sino a Ernestine. Ella lleva mucho tiempo viviendo como una señorita en California, y en cambio Peter ha estado siempre aquí, y entiende..., quiero decir que entendía mucho de minas. Si él se hubiera hecho cargo de la mina de Ernest las cosas habrían ido estupendamente. En cambio, ahora está cerrada.

—¿Y qué hacen los otros primos de la señorita Colby?

—Imagínese, están apenadísimos. Cuando apenas han podido asimilar lo ocurrido a Ernestine, esa misma noche un ladrón asesina por la espalda a Peter... Y ahora ya deben saber que un desconocido se ha presentado en Casa Grande diciendo que la mina es suya.

—¿Les perjudica eso en algo? Económicamente, quiero decir. Porque supongo que el señor Ernest Colby no dejó toda su herencia a Ernestine Colby; también dejaría algo a sus otros sobrinos, ¿no?

—Ah, sí. Un par de casas, algo de dinero... Poca cosa. Y a decir verdad, la mina también parecía poca cosa, señor Marlowe.

—¿Quiere decir que la señorita Colby me ha estafado? ¿Que la mina no vale nada?

—Digamos que hasta hace unas horas nadie habría dado en Casa Grande más de dos o tres mil dólares por esa mina. Y llega usted con un documento que demuestra que la ha comprado por veinte mil. ¿Sabía usted algo de esa mina antes de ahora?

—No. Sólo lo que me dijo la señorita Colby.

—¿Y sólo con lo que ella le dijo pagó usted nada menos que veinte mil dólares? Vamos, señor Marlowe... ¿No se le ocurrió que ella podía estar estafándolo?

—¿Una chica con unos ojos como aquéllos...? No, no se me ocurrió. Sinceramente, la señorita Colby me pareció una... criatura angelical.

—Angelical —masculló Duncan Ness, más y más interesado por Chase a cada instante—. Angelical, ¿eh?

—Eso me pareció —sonrió Chase—: un ángel. ¿Usted cree que ella me estafó, entonces?

—Yo no creo nada. Lo único que he dicho es que nadie habría dado más de dos o tres mil dólares por la mina de Ernest Colby. Y eso, con suerte.

—Pese a lo cual, según usted, ese joven asesinado, Peter Colby, no habría querido vender la mina en el supuesto de que hubiera sido suya. ¿Y los otros? Los demás sobrinos del señor Colby... ¿Habrían vendido la mina?

—Con toda seguridad. Están deseando marcharse de aquí, a vivir en un sitio más civilizado... Seguro que venderán las casas, y todo lo que puedan, de todos modos, y se irán no tardando mucho. En estos momentos deben estar doblemente disgustados.

—¿A qué se refiere? ¿Al asesinato de Peter y al secuestro de Ernestine?

—Eso, por un lado. Por otro lado, si Ernestine, simplemente, hubiese muerto, la mina habría sido heredada a su vez por los restantes Colby, pues así se indica en el testamento expresamente. Pero, claro, si Ernestine ya vendió, la mina..., no podrá pasar a poder de los restantes Colby jamás.

—Es decir, que asesinado Peter Colby, y suponiendo que algún día se encuentre el cadáver de la señorita Ernestine Colby por ahí, la mina habría pasado automáticamente a poder de los restantes primos... si la señorita Colby no me la hubiera vendido a mí con fecha anterior al día de su secuestro en el tren.

—Exacto, señor Marlowe.

Se quedaron mirándose fijamente. De pronto, el *sheriff* sonrió.

—Será mejor que termine de bañarse, o se le va a enfriar el agua. ¿Le gustaría comer un buen guiso de judías con patatas y chorizo y luego un filete de buey así de grueso?

—Me encantaría.

—Cuando salga de aquí pregunte por lo de Shorty. No se arrepentirá de ir a córner allí.

—No tengo nada de qué arrepentirme, y no iba a empezar por una cosa tan insignificante. Dígame una cosa, *sheriff*, ¿ha visto usted por aquí a un sujeto que lleva una espuela de oro?

—Tal vez. ¿Por qué?

—Un amigo mío lleva una espuela así. Le telegrafí a Tejas para que viniera aquí a reunirse conmigo, pero supongo que todavía no habrá llegado. De todos modos, si lo ve no le diga que yo sí he llegado. ¡Me gustará sorprenderle!

Duncan Ness asintió, con expresión un tanto sarcástica. Ya en la puerta, se volvió.

—Una última cosa, señor Marlowe: ¿pagó usted a la señorita Colby los veinte mil dólares en efectivo?

—Desde luego.

—Caramba... Me pregunto dónde debe estar ahora ese dinero.

—Es una interesante pregunta, —admitió Chase—. Gracias por recomendarme lo de Shorty. Pero me estoy decidiendo por pedirle otro favor, pues me parece usted una persona honrada.

—Soy el *sheriff*, ¿no? —gruñó Ness.

—Conocí una vez a un juez, en Tejas, que aceptaba determinados sobornos de personas importantes en litigios de tierras.

—Comprendo. Bueno, ¿cuál es ese favor que quiere pedirme?

—Mi ropa la están cepillando y arreglando un poco —dijo Chase, señalando hacia la percha—, así que retiré un sobre del bolsillo de la cazadora, y lo metí en la funda. ¿Quiere sacarlo?

Duncan Ness se acercó a la percha, y, en efecto, dentro de la funda encontró un sobre. Se volvió hacia Chase.

—¿Y bien? —inquirió.

—Lea el papel que hay dentro.

Ness leyó el documento por el que Ernestine Colby vendía su mina heredada al señor Chase Marlowe por la cantidad de veinte mil dólares.

—Ya está leído. ¿Y ahora?

—¿Sería mucha molestia para usted guardarme ese documento?

—Ninguna molestia. Es usted muy listo, señor Marlowe.

—Estoy, convencido de eso hace años.

—Pues le felicito. Bien, ¿algo más?

—Sí —murmuró Chase—. Si no le importa, usted y yo todavía tenemos que charlar unos minutos más.

## CAPÍTULO VII

—Tiene usted una carta, señor Marlowe.

—¿Una carta? —se sorprendió Chase.

Pero era cierto. El conserje se la entregó tras hacerse cargo de la llave de la habitación de Chase; que tras dormir una reparadora siesta, se disponía a salir a la calle. Limpias las ropas, cortado el cabello, afeitado, efectivamente Chase Marlowe parecía otro. Dos mujeres sentadas en un rincón del vestíbulo del Cholla Hotel, una joven y otra de edad madura, le contemplaban como fascinadas.

—Gracias —tomó Chase la carta—. Observo que no ha sido cursada por correo.

—La trajo a mano un chiquillo, señor Marlowe.

—Ah.

Rasgó el sobre, sacó la carta, y la leyó. Una irónica sonrisa apareció un instante en sus labios. Sin más, se guardó la carta, hizo un gesto de despedida al conserje, y se dirigió hacia la puerta.

Seis minutos más tarde estaba llamando a la puerta de una casa sita casi en el extremo norte de, la población, a la que había llegado tras preguntar un par de veces. La puerta fue abierta por una muchacha de unos veinticinco años, rubia, de ojos azules..., casi tan bonita como Ernestine Colby.

—Buenas tardes —saludó Chase, quitándose el sombrero—. Soy Chase Marlowe. Me han entregado en el hotel una carta firmada con el apellido Colby citándome aquí.

—Pase, señor Marlowe —sonrió, la muchacha; y cuando Chase hubo entrado y ella cerrado la puerta, dijo, tendiendo su diestra—: Yo soy Gladys Colby.

—Encantado —aceptó Chase la mano—. ¿Me envió usted la carta?

—Fue una decisión familiar. Los demás están esperando en la sala. Venga, por favor.

Chase siguió a la muchacha hasta la sala. Desde la puerta vio a las tres personas que esperaban: otra mujer y dos hombres. Éstos acudieron al



encuentro de Chase, sonrientes, y Gladys los presentó:

—Mi marido, Albert Lawton, y mi primo, Michael Colby. Ella —señaló hacia la otra bella muchacha— es Sharon Merton, es decir, Sharon Colby, la mujer de mi primo Michael...

Chase estrechó la mano a los dos hombres, y saludó con simpático gesto a Sharon; que le envió una dulce sonrisa. Era una morena quizá un tanto regordeta, pero muy bonita y apetitosa. Por su escote se veía la forma de los senos.

—¿Tomará un *whisky*, señor Marlowe? —ofreció Lawton.

—Nunca viene mal. ¿Ésta es su casa, señor Lawton?

—Sí. Bueno, forma parte de la herencia. Michael y Sharon han heredado otra.

—¿Y qué había heredado su primo Peter?

El gesto de todos se ensombreció. Durante unos segundos reinó el silencio. Por la ventana de la sala llegaba el rumor de la calle, que muy pronto comenzaría a animarse iniciando una noche más de intensa vida; tras un día de duro trabajo, los mineros llegarían dispuestos a divertirse cuanto pudieran.

—El primo Peter —murmuró por fin Gladys— heredó algo de dinero. Más que nosotros, ya que a él no le dejaba ninguna casa, ni nada parecido. Sólo dinero.

—Y la mina fue para su prima Ernestine.

—Si... Y eso nos sorprendió mucho a todos. Lo lógico habría sido que tío Ernest se la dejara a Peter. Él era quien entendía de todo esto, y quien tenía carácter para salir adelante con una mina... que todos creíamos que valía muy poco. Tío Ernest siempre iba diciendo a todos que su mina no valía nada.

—Pero ustedes sabían que no era así.

—Pues... sí. Peter nos decía siempre que ésa mina vale mucho, mucho dinero, y que no entendía por qué tío Ernest decía que no valía nada. Al final, Peter descubrió por qué hacía eso tío Ernest.

—¿Por qué lo hacía? Ah, gracias, señor Lawton.

Chase tomó el vaso de *whisky* que le tendía Albert Lawton, y miró de nuevo a Gladys, que parecía haberse convertido en la portavoz del grupo.

—Peter nos dijo hace unos días que tío Ernest decía que su mina no valía nada porque estaba esperando reunir dinero suficiente para explotarla de modo adecuado, y diciendo que no valía nada justificaba tenerla cerrada hasta el gran momento. Desdichadamente, falleció de un ataque al corazón, y así, en lugar de ver cumplidos sus sueños de poner, en marcha una gran mina, ocurrió que su herencia tuvo que ser repartida.

—Y ustedes escribieron a su prima Ernestine diciéndole que la mina valía mucho, y que viniera cuanto antes a Casa Grande.

—Así es. Pero también le escribió el señor Palmer, el notario. Bueno, nosotros queríamos hablar con Ernestine porque... no nos parecía justo que a nosotros nos hubiera dejado tío Ernest unas casas y unos cuantos dólares y a ella una mina que vale mucho dinero.

Teníamos la esperanza de que Ernestine se avendría a razones.

—O sea, que repartiría los beneficios de la mina con ustedes —sonrió Chase.

—Bueno... La injusticia estaba clara, ¿no? Ernestine ni siquiera vivía aquí con tío Ernest, ni se cuidaba de él... ¿A usted no le parece que fue una injusticia, señor Marlowe?

—Supongo que su tío tuvo sus buenas razones para hacer una cosa así.

—Nosotros no conseguimos, encontrar ninguna. Tío Ernest era un hombre... muy duro, ¿comprende? Todo se lo hizo él, siempre fue un luchador. Era un hombre rudo, un analfabeto, tenía un genio poco amable..., pero no era en modo alguno tonto ni injusto. O al menos así lo pensábamos de él. Y de eso queríamos convencer a Ernestine.

—Sí, comprendo. O sea, ustedes querían que ella les fuese dando dinero de los beneficios de la mina.

—En realidad, lo que queríamos era que la vendiera y repartirnos entre todos el dinero, señor Marlowe —intervino Michael.

—Ya. Pero tengo entendido que su primo Peter se oponía a esa venta. ¿Es cierto?

—Bueno, sí...

—Y Peter murió..., el mismo día en que Ernestine fue secuestrada. O sea, que muerto Peter, y una vez encontrado días después el cadáver de Ernestine Colby, toda la herencia quedaba para ustedes cuatro, que podrían hacer con ella lo que quisieran. Y una de las primeras cosas que harían sería vender la mina. ¿No es así?

Los cuatro le contemplaban fijamente. Las mujeres habían palidecido, y los hombres apretaban los labios.

—Así es, señor Marlowe —dijo por fin Michael Colby, secamente.

—Pues ha sido un desastre para ustedes que Ernestine me vendiera la mina a mí antes de ser secuestrada... y luego asesinada. Todo un desastre, ¿verdad?

—Señor Marlowe, usted pagó veinte mil dólares por esa mina —deslizó Albert Lawton—. Pues bien, nosotros se la vamos a comprar. Le pagaremos

veinte mil dólares...

Chaseladeó la cabeza.

—¿Su tío les dejó esa cantidad? Porque si fue así, a mí no me parece una insignificancia, francamente.

—No... Bueno, no.

—¿No les dejó tanto dinero?

—No, no.

—Entonces, ¿de dónde piensan sacar tanto dinero?

—Eso no es cuenta suya, señor Marlowe.

Chase bajó una ceja y subió la otra, en un gesto que parecía divertido. Dejó el vaso de *whisky* sobre una mesita, se acercó pausadamente a Lawton, y, de pronto, le descargó un tremendo puñetazo al estómago. Albert Lawton lanzó un bramido, y se encogió, demudado el rostro, llevándose las manos al lugar golpeado, mientras sus ojos giraban en las órbitas. Cayó hecho un ovillo, sin más, privado del conocimiento.

Michael Colby no tuvo tiempo de reaccionar. La mano izquierda de Chase le agarró por la ropa del pecho, lo atrajo, y simultáneamente la derecha se hundía con seco chasquido en su vientre. El rostro de Michael se desencajó, sus ojos se desorbitaron. Tenía la boca abierta completamente, pero parecía incapaz de respirar.

Las dos mujeres se habían puesto en pie, aterradas por la contenida violencia del tejano, y le gritaban algo, pero Chase no les hizo el menor caso.

—¿De dónde esperaban conseguir tanto dinero? —insistió.

Michael Colby quiso contestar, pero no pudo. Chase lo zarandeó. Sharon se lanzó contra él, chillando, intentando golpearlo, pero el tejano la apartó con un simple empujón que casi la derribó, y zarandeó de nuevo a Michael.

—Escuche, no me gusta nada lo que he estado sospechando de ustedes, pero es posible que me haya equivocado, ¿entiende? ¡De modo que conteste! ¿Dónde conseguirían el dinero?

—¡Del doctor Wellton! —gritó Sharon—. ¡Del doctor Wellton, no le pegue más!

Chase empujó a Michael, que cayó como un muñeco en un sillón. Se volvió hacia Sharon.

—¿El doctor Wellton? ¿Quién es? ¿Dónde está?

—Es... era un gran amigo de tío Ernest, es el médico de Casa Grande... ¡Él y tío Ernest eran muy amigos, y por eso el doctor Wellton está dispuesto a prestarnos el dinero hasta que vendamos la mina!

—Es verdad —dijo entre sollozos Gladys, que estaba ayudando a su marido a volver en sí—. Nos prestaría el dinero por poco tiempo, y cuando hubiéramos vendido la mina con beneficio se lo devolveríamos.

—Y todo, por amistad con su tío Ernest —susurró Chase.

—Sí... claro.

—¿Y quién compraría la mina?

—El doctor Wellton dijo que él nos encontraría un comprador que nos pagaría al contado no menos de treinta y cinco mil dólares.

—¿Pero no dijo quién es el comprador?

—No...

Chase asintió con la cabeza. Gladys ayudaba a su marido a ponerse en pie, ya recobrado el conocimiento. En el sillón, Michael Colby había recuperado la respiración. Ambos hombres, lívidos, contemplaban con expresión desorbitada al tejano. Éste tomó el vaso de *whisky*, bebió un sorbo, y luego dijo, lentamente:

—Les voy a hacer un favor a todos ustedes, considerando que mis sospechas han cambiado de dirección. El favor es en realidad un consejo: no se muevan de aquí, no salgan de esta casa absolutamente para nada hasta que yo les avise. Gracias por el *whisky*.

Cuando salió a la calle estaba seguro de que los Colby no habían reaccionado todavía.

Tardó apenas tres minutos en localizar la casa del doctor Wellton, pues lógicamente éste era conocido en toda la ciudad. En un lado de la puerta estaba colocada la placa, que decía: Miles Wellton —Medicine Doctor.

Le abrió la puerta el propio Wellton, un hombre de mediana edad, con barbita, cansados ojos grises, y vestido de negro. Parecía un pequeño mochuelo con lentes. El hombre aparentó indiferencia ante Chase, pero éste vio el temor en sus ojos cuando preguntó:

—¿Qué desea?

Simplemente, Chase empujó al médico, entró, y cerró la puerta.

—¡Oiga...! —exclamó Wellton.

No dijo más. Se quedó mirando, bizqueando, el cañón del revólver de Chase, que casi tocaba su nariz tras ser velozmente desenfundado. La palidez se extendió, por las facciones de Miles Wellton.

—Doctor Wellton —preguntó Chase—, ¿sabe si hay otro médico en Casa Grande?

—N-n-no... No lo hay, no...

—En ese caso, será mejor que se cuide usted mucho, pues si tiene algún contratiempo no contaría con nadie que pudiera cuidarlo con las debidas garantías. ¿Me explico?

—No... no comprendo...

—Me estoy refiriendo a sus piernas. Y a sus brazos... ¿Qué pasaría si debido a un desdichado accidente usted se rompiera una pierna, o un brazo, o los dos brazos, o las dos piernas..., o las cuatro extremidades? ¿Se podría curar usted mismo?

—Usted... usted está loco...

—¿Podría curarse?

—No... ¡Y suélteme! ¡Avisaré al *sheriff* de...!

—El *sheriff* Ness no está en Casa Grande, señor doctor. Está un poco lejos de, aquí, haciéndome un pequeño favor. Mientras tanto, yo le estoy haciendo a él otro pequeño favor: eliminar unos cuantos canallas. Y usted es uno de ellos.

—¡Usted está loco!

—Ya lo dijo antes, y no le creí. Tampoco le creo ahora —Chase sonrió de un modo que dejó aterrado al hombrecillo—. Bueno, no perdamos más tiempo: ¿le rompo las piernas p charlamos?

—¡No tengo nada que hablar con usted!

Wellton echó a correr de pronto hacia la puerta. Chase se limitó a extender la mano izquierda, lo agarró por la ropa del cuello, y lo retuvo, poco menos que colgando, mientras las piernas del médico se movían velozmente... y en vano.

—Según parece, doctor, usted no cree en mis malas intenciones —dijo con tono resignado—. Así que me veo obligado a hacerle una demostración de ellas.

Lo hizo girar, lo soltó, y de una violenta bofetada lo derribó rodando por el suelo hacia el fondo del vestíbulo. Cuando Wellton quiso ponerse en pie no tuvo que esforzarse mucho en ello: la zurda de Chase lo agarró por la ropa, y lo enderezó de un tirón. Wellton estaba gritando, como maullando; pero enmudeció bruscamente, y quedó pálido como un muerto cuando la punta del revólver de Chase se metió en su boca, atragantándolo.

—Sólo tengo que mover un dedo —susurró Chase—, y ya no podrían hacer nada por usted ni siquiera todos los médicos de Tejas y Arizona juntos. ¿O cree usted que sí? Pero no, si le mato no podrá contestar a mis preguntas, de modo que vuelvo a mi idea primera: le partiré un brazo. ¿Cuál prefiere?

Retiró el revólver de la boca de Wellton, y éste comenzó a toser, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Chase le dio unos golpecitos en la espalda, lo asió de un brazo, y lo llevó en volandas a la sala, donde lo dejó caer en un sillón. Agarró una silla de las que había adosadas a la pared, le dio la vuelta colocando el respaldo por delante, y se sentó frente a Wellton.

—¿Es usted un hombre rico, doctor? —preguntó Chase.

—No —consiguió jadear Wellton—. Claro... que no...

—Sin embargo, ha ofrecido veinte mil dólares prestados a los Colby. ¿Cierto?

—Sí... Sí, sí.

—Muy bien. ¿Ve? Ya nos vamos entendiendo. ¿De dónde iba a sacar usted esa cantidad para prestársela a los Colby?

—Bueno, me... me la iban a prestar a mí...

—¿Quién? ¿El personaje que tiene intención de comprar la mina de Ernest Colby por treinta y cinco mil dólares?

—Sí... Sí.

—Lo que significa que esa mina vale muchísimo más, ¿no es cierto? Mucho, muchísimo más. ¿Cien mil dólares, quizá? ¿Doscientos mil?

—Si todo es como... como Ernest Colby decía, debe... debe valer más de... de ciento cincuenta mil dólares...

—No está mal. Pero usted está equivocado, doctor Wellton. Ernest Colby decía que su mina no valía nada, no que valía ciento cincuenta mil dólares. Al menos, eso tengo entendido: que Ernest Colby decía a todos que su mina no valía nada.

—Bueno, sí, él... él decía eso... a todo el mundo...

—A todo el mundo, no. Es evidente que a usted no le dijo eso, pues de ser así usted no sabría que la mina puede valer hasta ciento cincuenta mil dólares. De modo que Ernest Colby, confiando en la gran amistad que los unía a ustedes dos, le dijo la verdad a usted, ¿no es eso?

—Sí, a mí me dijo... me dijo la verdad, sí.

—¿Y a quién se la dijo usted? ¿Al hombre que le va a prestar esos veinte mil dólares para los Colby?

—Sí... Sí.

—Muy bien. ¿Quién es ese hombre?

—Elton... Elton Palmer.

—¿El notario? —respingó Chase.

—Sí, sí, el notario.

Durante unos segundos, Chase Marlowe estuvo mirando incrédulamente al doctor Wellton. Pero, poco a poco, los pensamientos se fueron ordenando en su mente, todo fue encajando. Pieza tras pieza, fueron formando el conjuntó definitivo.

—Ahora lo comprendo todo —susurró Chase.

## CAPÍTULO VIII

Miles Wellton se quedó mirándolo, encogido en el sillón.

—Yo... yo no quería, pero...

—No me tome por un estúpido —cortó fríamente Criase—. Lo han hecho entre los dos. Usted le dijo a Palmer la verdad sobre la mina, y él lo preparó todo. Pero usted le ha estado ayudando, y estaba dispuesto a seguir haciéndolo, sirviendo de intermediario. Palmer le habría dado el dinero a usted, y usted a los Colby, para que éstos me comprasen la mina. No se trataba de matarme, porque entonces la mina pasaría a mis herederos, dondequiera que estén, puesto que me pertenece legalmente. Así que había que comprármela, aunque hubieran tenido que pagar más de veinte mil dólares. En realidad, creo que los Colby debían ofrecermé más, pero pensaron escatimar todo lo posible, a fin de ganar esos quince mil dólares. Claro que si hubiera sido necesario me habrían ofrecido veinticinco mil, o treinta mil... Pero esto son sólo detalles. Lo importante es lo otro.

—Señor «Marlowe», le juro que yo no...

—Si vuelve a tomarme por tonto le partiré los dientes —le atajó de nuevo Chase—. Sí, lo importante es lo otro. Veamos, usted le dijo al notario que la mina valía por lo menos ciento cincuenta mil dólares, y entonces, él tuvo la idea. Lo primero que tenía que hacer usted era convencer a Ernest Colby de que debía hacer testamento. ¿Fue así?

—Sí, pero...

—De modo que usted convenció a Ernest Colby. ¿Qué tenía de malo hacer testamento? Así que Ernest Colby fue a ver al notario, y le dijo cómo quería dejar sus propiedades cuando muriese. Y estoy seguro de que Ernest indicó a Palmer que la mina debía quedar para Peter Colby, el sobrino que entendía tanto como él de minas y que estaba siempre a su lado. Pero el señor Palmer tenía otros planes, así que, aprovechando que Ernest Colby era analfabeto, redactó el testamento como quiso él, pero le leyó a Ernest Colby lo que éste quería oír. ¿Fue así o no fue así?

Wellton bajó la cabeza, y musitó:



—Sí, fue así.

—Lo que Palmer indicó en el testamento, a su gusto y conveniencia, fue que la mina la heredaba Ernestine Colby, confiando en que ella aceptaría venderle la mina, presionada por los demás primos. Era una jugada indirecta, muy astuta. ¡No iba a poner en el testamento que Ernest Colby le dejaba la mina a él, claro que no! Así que se la asignó a Ernestine. Pero los Colby de Casa Grande escribieron a su prima diciéndole que la mina valía mucho, y, además, Peter Colby no estaba conforme con el testamento, y se estaba poniendo pesado, estaba inquietando mucho al señor Palmer. Y entonces, éste adaptó sus planes a la situación: contrató a ocho granujas y les dijo lo que tenían que hacer, esto es, asaltar el tren en el que iba a llegar Ernestine, hacerse con un buen botín desvalijando a los pasajeros, y llevarse a Ernestine. Podían hacer con ella lo que quisieran..., y luego matarla y dejar su cadáver bien a la vista, para que fuese encontrado y todo siguiera su curso legal, o sea, que sus primos sobrevivientes heredaran la mina. Y como Peter Colby seguía incordiando, cuatro de los ocho pistoleros vinieron a Casa Grande después del asalto al tren, y mataron a cuchilladas a Peter Colby, simulando que había sido un ladrón, quizá un minero que había perdido su dinero en el juego, o cualquier cosa parecida. Y así, eliminados Ernestine y Peter, la mina quedaba propiedad de los otros cuatro, que sólo estaban deseando, venderla y marcharse de aquí con el dinero. Elton Palmer les pagaría treinta o cuarenta mil dólares..., y se quedaría con una mina que vale no menos de ciento cincuenta mil, seguramente más. Sí, debe valer bastante más, ¿verdad?

—Bueno, es... es posible...

—¿Doscientos cincuenta mil? —sugirió Chase.

—Tal... tal vez... Po-podría ser sí...

—Doscientos cincuenta mil —pareció morder las palabras Chase—. Una fortuna a cambio de treinta y cinco mil dólares...; y tres asesinatos.

—¿Có-cómo tres... tres asesinatos...? Solamente Peter y Ernestine iban a... a morir...

—Se olvida usted de Ernest Colby, doctor. ¿No le parece que su muerte fue... muy oportuna?

El médico palideció horrorosamente.

—¿Qué quiere decir? —jadeó.

—Quiero decir que usted mató a Ernest Colby...

—¡No! ¡Está loco, está...!

—¡Cállese! ¿Cuál iba a ser su parte? ¿La mitad de ese cuarto de millón de dólares, quizá? Debía ser una buena parte para que usted asesinara a su

«amigo» Ernest, ¿no es cierto? Estoy seguro de que lo mató usted. Lo envenenó, aprovechando una comida juntos, o unos tragos de *whisky*... Lo envenenó, y luego dijo que había fallecido de un ataque al corazón súbito y fulminante. ¿Quién había de sospechar ni remotamente lo contrario? Aquí no había ni hay más médico que usted, nadie podría contradecirle, y además... ¡usted y Ernest Colby eran tan amigos! Fue así, ¿no es cierto? ¡¿Fue así?!

Los ojos de Miles Wellton, fijos en los de Chase, parecían a punto de saltar de las órbitas. De pronto, el hombrecillo se desmoronó completamente, pareció deshincharse, arrugarse, fundirse en el sillón.

—Sí —susurró—... Sí, todo fue... así.

Chase Marlowe aspiró profundamente, y se puso en pie.

—Venga conmigo —murmuró—. Voy a darme el gusto de meterlo yo mismo en la cárcel mientras el *sheriff* vuelve. Vamos, camine. ¡Le digo que camine!

Wellton parecía incapaz de moverse, así que Chase lo agarró una vez más por la ropa, y lo arrancó del sillón, empujándolo hacia la puerta.

Cruzaron el vestíbulo, Chase abrió la puerta con una mano, y con la otra siguió poco menos que arrastrando a Wellton. Ya en el porche, lo soltó, y dijo:

—No quiero llevarle como...

El instinto le hizo desviar rápidamente la mirada hacia los dos jinetes. No, había nada de particular en que dos jinetes pasaran cabalgando por la calzada, pero Chase Marlowe miró vivamente hacia ellos. Procedían de la plaza, y quizá cabalgaban demasiado rápido. Quizá fue por eso que los miró.

Y justo en el momento en que los miraba, los dos jinetes comenzaban a disparar sus revólveres hacia el porche de la casa del doctor Wellton. Éste lanzó un alarido cuando la primera bala le alcanzó en el centro del pecho y lo empujó contra la puerta de su casa, en la que rebotó..., mientras una granizada de balas, que le buscaban para rematarlo, rebotaban en la pared, rompían cristales... y otras balas buscaban, ya en vano, a Chase Marlowe.

Éste había saltado de costado, zambulléndose en el porche, justo en el instante en que comenzaban a sonar disparos. Y así, las balas que debían haberle alcanzado a él arrancaron astillas de una columna, rompieron cristales, reventaron el piso de tablas... y Chase Marlowe, tras el salto, giraba, sacaba su revólver, y disparaba hacia uno de los jinetes.

El hombre lanzó un grito, pareció salir disparado de la silla, describió una sorprendente pirueta, y cayó de cabeza sobre el polvo; una caída que no

habría tenido graves consecuencias, pero el pistolero llevaba ya una bala hundida en el corazón.

Chase se desentendió enseguida de este enemigo, y giró de nuevo para seguir la marcha del otro, que continuaba su cabalgada calle arriba, vuelto en la silla para continuar disparando contra Chase, que tuvo que encogerse.

El súbito silencio en cuanto a disparos le hizo comprender que el hombre había terminado la carga de su revólver, así que se puso en pie de un salto, y lo buscó con la mirada. Lo vio en el momento en que el pistolero, que había detenido y vuelto su caballo, sacaba el rifle de la funda. Había una sonrisa en su malvado rostro, y Chase supo a qué era debido: el hombre consideraba que él no podía alcanzarlo con sólo un revólver, a aquella distancia. Quizá por eso, no pareció darse mucha prisa en apuntar a Chase, gozando con lo que iba a hacer.

No debió estar tan seguro de que aquella distancia no era apta para un revólver.

En realidad, todo dependía del tirador, no del revólver.

Y Chase Marlowe lo demostró.

Alzó el revólver, estiró el brazo, y, simplemente, disparó.

Sesenta y tantos metros más allá, el sombrero del pistolero saltó de su cabeza..., arrancando por la bala que le entró por la frente y le salió por encima de la coronilla, llevándose no sólo el sombrero, sino masa encefálica, esquirlas de hueso, cabellos..., y formando todo ello como un pequeño y escalofriante surtidor rojo-grisáceo.

El rifle escapó de las manos del forajido, que se tambaleó fuertemente en la silla, pareció que fuese a quedar allí, y de pronto salió despedido al efectuar un movimiento de fuga el asustado caballo.

Y mientras dos caballos trotaban hacia la salida de Casa Grande, dos hombres quedaban tendidos en el centro de la calzada..., en medio de un silencio que, en contraste con el jaleo anterior, parecía de auténtico plomo.

La mirada de Chase Marlowe se desplazó rápidamente de un lado a otro, todavía preparado el revólver. ¿Dónde estaban los otros dos? Estaba seguro de que aquellos dos sujetos formaban parte del grupo que había asaltado el tren. Él había seguido sus huellas desde el lugar en que se dividieron en dos grupos de cuatro hasta cerca de Casa Grande. Sabía que estaban allí, y ahora estaba segurísimo, pues habían acudido a matar a Peter Colby, cobrar lo que Elton Palmer les hubiese ofrecido cuando todo terminase, y volver adónde los otros cuatro debían esperarles con Ernestine...

Sabía que quedaban, dos pistoleros más en Casa Grande.

Pero... ¿dónde estaban?

Los gemidos de Miles Wellton atrajeron finalmente su atención. Enfundó el revólver, y fue a arrodillarse junto al médico. No se veía una sola persona en toda la calle, pero a los pocos segundos apareció un hombre, luego otro...

\* \* \*

Desde una de las ventanas de su lujosa casa, Elton Palmer intentaba en vano ver lo que ocurría en el porche de la casa de Wellton. Veía correr ahora bastante gente hacia allí, pero el ensanchamiento de la calle formando la plaza, en uno de cuyos lados, estaba su casa, le impedía ver la de Wellton.

Lo que sí podía ver Elton Palmer, y junto a él Turner, era el cadáver del hombre que había sido alcanzado en el pecho por el primer disparo de Chase Marlowe. Es decir, sólo veían sus pies, en aquel momento, porque un grupo de gente lo rodeaba casi completamente, mirándolo y haciendo comentarios.

—Ha matado a Ferguson —susurró Turner—. Y creo que también a Sonier.

Palmer le miró, demudado el rostro.

—¡Le dije que debían ir los cuatro!

—Ese tipo nos conoce a Moses y a mí, y si nos hubiera visto antes de lo que convenía, todavía habría sido peor. ¡Maldito sea, debí cargármelo en el tren...! ¡Si lo hubiera sabido...!

—¡Tienen que matarlo, tienen qué matarlo cuanto antes, y también a Wellton...! ¡Quiero estar seguro de que los dos han muerto, pues Wellton debe habérselo dicho todo! ¡Debieron ir los cuatro!

—Quizá hayan muerto los dos, después de todo —se esperanzó Turner—. Ferguson y Sonier no eran mancos, precisamente...

Elton Palmer lo miró, también esperanzado. Pero su esperanza duró poco. Apenas un minuto más tarde apareció Moses, haciendo tintinear su flamante espuela de oro. Había entrado en la casa por la puerta de atrás, como poco antes lo hiciera, en compañía de Turner.

—¿Qué? —exclamó éste.

—Mal asunto —movió la cabeza Moses—. Ferguson y Sonier han muerto, y el doctor está herido. Ese sujeto no ha recibido ni un rasguño siquiera.

—¡Usted ha debido matarlo ahora...! —chilló Palmer.

—¿Sí? ¿Cómo? ¡Estaba rodeado de gente, y entre todos han metido al médico en su casa! Me habría cargado a medio pueblo antes de tener a tiro a

ese maldito Marlowe. ¡No podía hacerlo, eso es todo!

—¡Pues tienen que matarlo, tienen que asegurarse de que ni él ni Wellton dirán nada! ¡Me lo juego todo en esto!

—Cálmese —dijo Turner, pensativo—. Se me está ocurriendo algo que puede dar resultado. Pero tendremos que salir de la ciudad inmediatamente. Haremos lo que he pensado, iremos a la cuadra, ensillaremos en un momento y saldremos disparados... Pero no vamos a marcharnos sin algo de dinero, señor Palmer.

—Pe-pero yo... aún no tengo la mina.

—Si Moses y yo matármola Marlowe y al médico, nada habrá contra usted, nadie sabrá nada, y podrá comprarla a los Colby, ¿no es así? Y nadie sabrá nunca la verdad.

—Sí, claro, pero...

—Usted nos ofreció una buena cantidad por ayudarlo.

—Pero convinimos que lo del asalto al tren era todo para ustedes, se llevaron bastante... ¡Ustedes mataron dos pájaros de un tiro!

—Es cierto. Pero igual cuando vamos a buscar a los otros nos encontramos con el cadáver de la chica y que han volado llevándose todo el botín, así que nos encontraríamos sin nada. Mire, señor Palmer, nosotros vamos a resolverle el problema, y usted será el propietario de esa mina. Dentro de unos cuantos meses, volveremos por aquí, y usted nos dará lo convenido. Pero mientras tanto necesitamos dinero... No mucho. Moses y yo nos conformamos, de momento, con mil dólares. ¿Le parece bien?

—Bueno... j si sólo son mil dólares... De acuerdo. Vamos a mi despacho.

Segundos después, entraban en el despacho de Palmer. Éste abrió la caja fuerte donde guardaba todos los documentos importantes relacionados con su trabajo, y una cantidad de dinero nunca inferior a los cinco mil dólares. Tomó el fajo de billetes, se volvió, y comenzó a contar billetes... Turner se colocó ante él, y le arrebató limpia y suavemente todo el fajo.

—Nos quedaremos con esto —sonrió—. Dice un refrán que de lo perdido saca lo que puedas.

—¡Pero aquí hay cinc...!

Junto, a Turner, Moses movió la mano derecha hacia delante, con un seco gesto fortísimo, y el cuchillo se hundió con escalofriante chasquido en el vientre del notario. Éste se estremeció, sus ojos se desorbitaron... El gemido brotó de su boca cuando Moses asestaba la segunda cuchillada, casi en el mismo sitio, de abajo a arriba... Elton Palmer quedó lívido como un muerto.

De su boca brotó un lento, apagado; agónico suspiro, y retrocedió torpemente un paso. Moses le siguió, mascullando:

—Mierda con el tipo este, sí que le cuesta...

La tercera cuchillada, ahora en diagonal y con un recorrido más amplio, se hundió por encima de la cadena de oro de Elton Palmer, y éste cayó hacia atrás, resbaló pegado a la pared, y quedó sentado bajo la abierta caja, con los ojos abiertos. Moses se inclinó, y de un tirón le arrancó la cadena de oro.

—¡Me gusta el oro! —rió.

—Vámonos.

—Sí, hombre, un momento. Es que no estoy seguro todavía de que este tipo está muerto.

Apoyó la punta del cuchillo justo sobre el corazón de Palmer, apretó con las dos manos. El rasgar de la carne habría puesto los pelos de punta a una persona normal, pero ni Moses ni Turner se alteraron. Moses limpió el cuchillo en las elegantes ropas de Elton Palmer, lo enfundó, y dijo:

—Lástima no quedarnos para liquidar a ese Marlowe.

—No es el momento —gruñó Turner—. ¡Pero ya lo encontraremos más a nuestra comodidad!

Salieron del despacho, y segundos después salían de la casa por la parte de atrás. No había nadie allí habitualmente, y en aquel momento menos, pues todos estaban frente a la casa del doctor Wellton, contemplando los cadáveres de Ferguson y Sonier, o preguntando qué había ocurrido, si habría muerto Wellton...

Tampoco en la cuadra encontraron a nadie. Turner y Moses encontraron enseguida los caballos, les colocaron la silla, apretaron las cinchas... Lejana les llegó una voz mencionando al *sheriff*.

—¿Qué dice? —murmuró Turner.

—¿Estás sordo? ¡Qué regresa el *sheriff*!

—Pues muy bien. Oye, nada de salir a todo galope, ¿comprendes? Al paso y tranquilos. Ya galoparemos cuando estemos fuera de la ciudad, pero ahora no tenemos que llamar la atención de ninguna manera.

—Ya lo sé, coño.

En menos de cuatro minutos los dos caballos estaban ensillados. Moses y Turner se miraron, asintieron con un gesto, y se dirigieron hacia la puerta del establo público, llevando los caballos por las bridas. Tranquilos, serenos. Ellos no sabían nada de nada.

Salieron de la cuadra. El sol comenzaba a ponerse, había en el aire como un resplandor rojo. Un resplandor que, de momento, los cegó ligeramente.

Y de pronto, vieron al hombre que estaba a unos quince pasos de ellos, frente a la cuadra. Erguido, inmóvil, en postura natural, la mano derecha caída suavemente junto al revólver.

Turner lanzó una ahogada maldición, y soltó las bridas de su caballo. Moses sonrió torcidamente.

—Hombre —susurró—, el tal Marlowe, el muchacho del tren que me regaló una espuela de oro...

Turner no tenía, evidentemente, el mismo sentido del humor que Moses. Sin más dilaciones, llevó la mano en busca del revólver, a toda velocidad.

Chase Marlowe desenfundó, y disparó sin apuntar. La bala se hundió en el corazón de Turner cuando éste apenas había comenzado a sacar el revólver, y el forajido, lanzando un grito entrecortado, saltó hacia atrás violentamente, y cayó completamente despatarrado... y completamente muerto.

El revólver de Chase se había orientado acto seguido hacia Moses, pero éste alzaba las manos precipitadamente, pálido como la propia muerte, gritando:

—¡Hey, hey, hey, quieto, quieto...! Tranquilo, amigo... ¿Ve? Tengo las manos bien lejos del revólver.

Espantados por el disparo, los dos caballos se habían alejado. Pero comenzaban a oírse voces y gritos en la zona donde estaba la casa de Miles Wellton. Por supuesto, Chase no miró hacia allí, pero sí lo hizo Moses, sonriendo.

—Tranquilo, ¿eh? No querrá que le vean disparar contra un hombre que se rinde, ¿eh? Mire, voy a devolverle su espuela, amigo. Fue una broma, ¿sabe? Pero se la voy a devolver ahora mismo, así se dará cuenta de...

Mientras hablaba, Moses había ido inclinándose hacia su bota derecha, pero de pronto desenfundó el revólver, apuntó velozmente a Chase lanzando un grito de jubiloso triunfo..., y Chase Marlowe apretó el gatillo.

El balazo alcanzó a Moses en el vientre, y el forajido cayó sentado, desencajado el rostro por el dolor y la furia, aullando.

—¡Maldito hijoputa, te voy a...! —le apuntó Moses.

Chase Marlowe disparó de nuevo, sin prisas, fríamente. La bala perforó el corazón de Moses, que cayó hacia atrás como derribado por una coz, rebotó en el suelo, y quedó retorcido como un guiñapo.

—¡Chase! —se oía la voz de Ernestine Colby— ¡Chase, Chase...!

Éste se acercó a Moses, se acuclilló junto a él, y le quitó la espuela, que se puso en su propia bota izquierda. Tuvo el tiempo justo de erguirse para recibir

en sus brazos a Ernestine, que se aferró a él como si temiera que fuese a escaparse volando.

—¡Chase! ¿Estás bien, estás...?

—Estoy bien —masculló el tejano—. ¿Y tú? ¿Has pasado miedo sola en la mina?

—Bueno... ¡Dijiste que vendrías a buscarme!

—Preferí enviar al *sheriff*, por si me seguían a mí y de ese modo te encontraban a ti. El *sheriff* aceptó tenerte como invitada en la cárcel mientras yo resolvía todo esto. Y ya lo he resuelto. El doctor Wellton lo dijo todo a muchos vecinos antes de morir en su casa y en su propia cama. En cuanto al verdadero culpable, fui a verlo, y... Bueno, ha tenido lo que merecía. Y como todo está arreglado, y ya tengo mi espuela, pues... sigo mi camino. Pero no en tren, ¡lo juro!



## ESTE ES EL FINAL

Ernestine Colby se levantó bastante antes del amanecer, se vistió en silencio para no molestar a sus primos, y se quedó mirando su imagen en el espejo. Perfecta: botas altas, pantalones, camisa de franela, un grueso chaquetón... Y un sombrero para cabalgar. Perfecta.

Agarró sus dos maletas, bajó al vestíbulo de la casa, y salió al porche. Dejó las maletas en éste, y se sentó en el último escalón. Hacía frío. Todavía era de noche.

Bueno, estaba segura de tenerlo todo arreglado: sus primos habían aceptado quedarse en Casa Grande para dirigir la mina, ayudados por un buen capataz, y los beneficios que se obtuvieran se repartirían en partes iguales entre ellos. El doctor Wellton lo había dicho todo, y además Chase se lo había explicado luego detalladamente al *sheriff* Ness y a la familia Colby...

Sí, todo quedaba en orden, todo, aclarado.

Las pisadas de unos caballos alertaron a Ernestine. Alzó vivamente la cabeza, y miró en dirección a las cuadras. El jinete apareció procedente de allí. Tras él llevaba dos caballos. Ernestine lo estuvo mirando hasta que él se detuvo ante ella, y se tocó el ala del sombrero con dos dedos.

—Buenos días, Ernestine.

—Buenos días, Chase.

—Madrugas mucho.

—No he tenido más remedio. ¿Qué habrías hecho si al pasar por aquí no me hubieras visto esperando?

—Habría interpretado que preferías la mina de plata al sol de Tejas.

Chase desmontó, cargó las dos maletas de Ernestine en uno de los caballos, y se volvió hacia la muchacha. A cada paso, tintineaba la espuela de oro.

—Entonces —susurró Ernestine—, ¿puedo ir contigo?

—Más claro no te lo puedo decir, Estaba deprimido pensando que quizá no iba a servirme de nada comprar tres caballos. Pero mi espuela de oro no podía dejar de darme suerte también en esto.

—También me la ha dado a mí —rió Ernestine, con sonido cristalino.  
Se abrazó a Chase, y se besaron profundamente, y durante tanto rato, que cuando emprendieron el camino hacia Tejas ya había amanecido.

—FIN—